

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — Tomo XVIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 20. — N° 462.

Administracion general, passage Saulnier núm. 4, en Paris.

## SUMARIO.

El rey de Prusia extendiendo su cetro sobre el pueblo; grabado. — Revista española. — La coronacion del rey de Prusia; grabados. — Bendicion del puerto de Civita-Vecchia; grabado. — Revista de Paris. — Pedro Aretino. — El fuerte de Klobuck en el Montenegro; grabados. — Pequeño Trianon; grabado. — El Noble en la miseria. — Horrorsa catástrofe ocurrida en las minas de Lalle; grabados. — M. Benedetti; grabado. — Nueva bomba locomovible de vapor; grabado. — Creo en Dios. — La vendimia. — Revista de la moda. — El puente de España en Caeterets; grabado. — Novillo sin cuernos regalado al rey de Siam; grabado.

## Revista española.

La embajada marroquí. — Curiosidad que ha excitado. — Nombres de los embajadores. — Sus habitaciones. — Su cocina y sus cocineros. — Costumbres marroquíes. — La moruna y los cantos de los moros de Rey. — Ritos que emplean para preparar sus comidas. — Su equipaje. — El príncipe Muley-el-Abbas. — Presentacion de los embajadores á los reyes. — La medicina en Marruecos. — Un diploma de Muley-el-Abbas. — Teatros. — *El Loco de la guardilla*. — *Stradella*. — Obras nuevas. — Libros. — Doré y el *Quijote*. — Certámen de novelas de costumbres. — Honra acordada á la memoria de Lope de Vega. — Noticias artísticas y bibliográficas. — Historia de un hombre que se ha hecho millonario en cuatro dias.

No solo ha habido en el mes que termina novedades

teatrales y literarias. La gran novedad ha sido la embajada del emperador de Marruecos, que como decia á mis lectores en mi anterior revista, llegó á Madrid á fines de setiembre.

No solo los madrileños, sino los provincianos mas retirados de la córte, han acudido á ver á los marroquíes, aprovechando la ocasion de contemplarlos en paz, los que en guerra no habian podido realizar este deseo.

Asi pues desde los primeros dias de octubre ha estado la curiosidad en expectativa, y todo lo concerniente á los africanos ha dado pábulo á la conversacion, entreteniéndolo los ocios de todos los buenos y pacíficos habitantes de la Coronada Villa.

Como este acontecimiento ofrecerá tambien alguna novedad á mis lectores americanos, voy á referirles los detalles de la estancia en Madrid de los embajadores de



EL REY DE PRUSIA EXTENDIENDO SU CETRO SOBRE EL PUEBLO EN LAS CEREMONIAS DE LA CORONACION (Véase el número anterior).

Marruecos, que aun permanecen en la corte entusiasmados por haber conseguido dar una solución pacífica á las negociaciones que han traído la misión de ventilar.

La embajada llegó, como ya he dicho, á fines de setiembre, deteniéndose antes en Valencia.

Muley-el-Abbas, que jamás ha salido de su país, siendo falso que haya viajado por Francia como algunos suponen, y mucho menos que se haya educado en la escuela politécnica de París, es joven, sumamente fino y amable. Cuando contempló á su llegada la huerta de Valencia, el traje de sus moradores, la forma de las barracas y el aspecto de la capital, manifestó que se hallaba complacido, pero no sorprendido, porque el país tenía en general muchos puntos de contacto con el suyo, porque el traje de los labradores recordaba el traje del imperio, porque los *aduares* se parecían á los de los moros, porque las calles de la capital eran estrechas y revueltas, y porque los españoles eran morenos y de ojos y cabellos negros como los árabes.

No hay para qué decir que esto lisonjeó á los valencianos, por mas que la impresión del príncipe y sus palabras no fueran muy halagadoras.

El hermano del emperador compró en Valencia varias telas de seda y otros géneros de las fábricas que visitó; y toda la embajada recorrió los jardines y asistió á los teatros.

Pocos días después vinieron á Madrid y fueron recibidos con gran pompa por las autoridades y un numeroso público que corrió á su encuentro poseído de una invencible curiosidad.

La embajada se compone de veinte y siete personas.

Hé aquí los principales personajes que la forman:

Primer embajador: el príncipe Muley-el-Abbas.

Segundo: Sidi El Bormery Bon Chelub, de Fez.

Tercero: Sidi Mohamed Palofrech, de Erbat. Este personaje trae un hijo suyo.

Cuarto: Sidi Mohamed El Moraci, que viene con dos hijos.

Además vienen dos alcaldes que mandan 1,000 soldados.

Hach Ehemer Embrabet, intérprete del consulado de España.

El Hach Eseid, intérprete. Este personaje es negro.

Todos habitan en el palacio de la presidencia del consejo de ministros.

Muley-el-Abbas ocupa cuatro habitaciones, entre las cuales llama la atención una sala en la que se elevan simétricamente colocados dos bonitos pedestales con esculturas.

La antecámara contiene una magnífica sillería dorada, y el despacho está adornado con verdadera esplendidez.

Los generales ocupan otras salas con menos lujo; en el mismo cuarto tienen unas sencillas camas de acero.

Los guardias y la servidumbre se han alojado en las habitaciones interiores, en cada una de las cuales hay dos ó tres camas.

La cocina está perfectamente servida por cuatro cocineros árabes; uno de ellos, de estatura colosal, se expresa bien en francés; y otro negro, natural de Rabbat, habla español.

Estos cocineros usan la gumiá colgada del hombro izquierdo, con un cordón de seda amarillo ó rojo, y al lado derecho llevan una bolsa en la que guardan el dinero y otras cosas pequeñas de uso frecuente. Entre las comidas prefieren un plato de dulce con harina en forma de fideo, cocida con leche y azúcar y espolvoreada con canela: es de un gusto muy agradable y algo semejante al del arroz con leche.

Todos los individuos de la embajada, hasta los de la servidumbre mas inferior, son sumamente amables y saben guardar las reglas del decoro; invitan á participar de sus comidas á cuantos van á verlos, les ofrecen asiento, satisfacen con toda escrupulosidad y finura hasta las preguntas mas curiosas, y enseñan y explican detenidamente cuantos objetos usan. Pocos hablan el español, pero los que lo entienden se prestan á servir de intérpretes, y no es difícil comprender á los que solo saben árabe, por la naturalidad con que accionan y la viva expresión de su fisonomía.

Los jefes reciben sentados en una pequeña alfombra, y se dejan conocer desde luego, así por su gravedad como por la distinción de su traje y modales. Toman té frecuentemente y se lo sirven ellos mismos en jcaras.

El té que usan tiene un sabor aromático especial, algo parecido al de la yerbabuena; y es muy grato al paladar.

En todas sus comidas son muy limpios, y no se diferencian en nada de nosotros.

Entre los moros de Rey cuya estatura y fortaleza no pueden menos de llamar la atención, hay algunos que tocan con perfección la *moruna*. Este instrumento consiste en un cilindro delgado de una media vara con una caja pequeña en su extremo, lo que le asemeja á las guitarras. Solo tiene dos cuerdas, y parece imposible que con ellas se puedan producir tan dulces y armoniosos sonidos.

La *moruna* acompaña generalmente al canto, que participa de la vaguedad mística y melancólica que caracteriza á los árabes.

El mismo día de su llegada empezaron los marroquíes á poner en práctica sus costumbres religiosas con relación á los alimentos. Estos consisten en un carnero y once galinas que sacrifican diariamente en un patio bajo la presidencia del santón, el cual mientras se desuello el carnero y se matan las gallinas repasa las cuentas de su rosario en un balcon que da al patio convertido en ara del sacrificio.

El equipaje que han traído los embajadores es inmenso, y todo él ha venido liado en alfombras ó encerrado en arcas y baules tan singulares y nuevos como los tipos y los trajes de sus dueños.

El príncipe Muley-el-Abbas, como he dicho, posee una figura bellísima. En su rostro está pintada la arrogancia, la fiereza de los hombres de su raza. Sus ojos negros y rasgados son fascinadores. Su actitud noble y sus maneras elegantes y naturales á la vez, completan la belleza de este valeroso hijo del desierto. No habla mas que árabe.

La embajada ha traído algunos presentes, para los reyes y muchos principales personajes de la corte.

El día en que los embajadores fueron recibidos por Sus Majestades, acudió todo Madrid á las calles por donde debía pasar la comitiva.

A la hora prefijada un caballerizo de campo y un correo de Caballerizas se hallaban en la morada actual de los enviados de Marruecos. En la puerta aguardaban cinco carruajes de palacio con tiros de caballos de gala y sus correspondientes mancebos.

A las dos y media emprendió su marcha la comitiva, en el orden siguiente:

Precedía un cabo con cuatro batidores de caballería, é inmediatamente después seguían los cinco carruajes de la casa real Iban en el uno el secretario particular de S. A., el scherif Seid Abd-el-Mechid Gailén, el caid Ben Nasar, jefe de 1,000, y el caid Bujári, jefe de 100: llevaba otro carruaje al primer secretario Seid Muhammed Ben Hamédi el Mecnési; los segundos secretarios, el Ancin Seid el Bernusi Ben Chelien el Fesi y el Ancin Seid Palafrichel Rabáti, con don José Diosdado, secretario de la legación de S. M. en Tánger, que acompaña al príncipe: los dos coches siguientes iba el uno vacío y el otro de respeto; y por último, venía el que llevaba á Su Alteza el príncipe embajador con el Excmo. señor don Ramon María Bazo, introductor de embajadores.

Formada con anticipación la guardia exterior de palacio en orden de parada, hicieron los honores de ordenanza al príncipe, que pasó por medio de las filas, entrando su coche hasta la escalera principal, al pié de la cual le aguardaba el primer sumiller de corps con seis mayordomos de semana; y acompañado S. A. R. de su comitiva, del introductor de embajadores, del señor Diosdado, del intérprete de S. M. y de los citados funcionarios de palacio, llegó á la antecámara de S. M. el rey.

Puesta en noticia de la reina y del rey la llegada del príncipe, se colocaron SS. MM. en el trono, teniendo á la derecha á los ministros de la Corona y á los grandes de España que son cubiertos; á la izquierda á la familia real y á las damas, y enfrente á los mayordomos de semana y á los oficiales mayores de alabarderos.

Descorrida la cortina, el introductor de embajadores anunció en alta voz al príncipe embajador, entrando este en el salon con aquel funcionario á la derecha, y detrás los señores Diosdado y Azancot y el resto de la comitiva. Acercándose S. A. al trono con las reverencias de costumbre, entregó á S. M. la credencial del sultan, que habia recibido de su primer secretario, y pronunció en seguida en lengua árabe un notable discurso.

Terminada la respuesta de la reina, SS. MM. bajaron del trono y dirigieron al príncipe palabras benévolas, á las que S. A. contestó afectuoso y agradecido. En seguida presentó á S. M., previo su permiso, la comitiva que traía, siendo él mismo presentado luego con el ceremonial de costumbre á SS. AA. RR. los Serenísimos señores príncipe de Asturias, infanta Doña Isabel é infantes Don Francisco de Paula Antonio y Don Sebastian Gabriel. Retiróse después con las personas que antes le acompañaron, haciendo las mismas reverencias que al entrar en el salon del trono.

Sidi-el-Hache, cónsul en Gibraltar é intérprete del príncipe Muley-el-Abbas, es un joven negro de facciones regulares, que se distingue por la riqueza, elegancia y perfume de su traje.

Habla perfectamente el español, lo mismo que otras lenguas europeas, y es sumamente amable. Apenas se separa del príncipe á quien profesa el mayor cariño, y como intérprete suyo le acompaña en todos los actos oficiales y en la recepción de las visitas.

Su claro talento, su mucha penetración, y el exacto conocimiento de las costumbres europeas que ha estudiado en sus viajes, le han elevado á la posición que ocupa, y le permiten desempeñar las complicadas funciones de su cargo. La ceremonia de la recepción despertó tanto la curiosidad de los embajadores que por la noche hicieron diversas preguntas acerca de las personas que componían la corte, admirándoles mas que nada las riquezas en pedrería que desplegó la reina en sus joyas.

No concluiré de hablarlos de los marroquíes sin referir algo acerca del estado en que se encuentra la ciencia médica entre ellos.

Hé aquí uno de sus mayores y mas eficaces medicamentos, tal como le ha explicado uno de los médicos judíos que acompañan á la embajada:

«Escribanse en un plato los nombres de Moisés, Abraham, Isaac y Jacob; disuélvase después en un poco de agua la tinta con la cual se han escrito los sagrados nombres, y esto es ya un remedio universal é infalible.» Por manera que el último, el mas infeliz de los europeos, puede considerarse mas dichoso en sus padecimientos que el primero de los mahometanos y de los judíos.

Una célebre dentista de Madrid lo ha sido nombrada de cámara de Muley el Abbas, quien la ha entregado el siguiente curioso diploma:

«Sea Dios siempre bendecido: él es el único poderoso y grande: dentro de él todo es, fuera de él nada.

Grande es el beneficio de la salud, y admirable el poder de Dios que alivia los males por la mano del hombre; tú te has dedicado á esto con solicitud y sacrificio de persona. Sea tu arte propicio cuando Dios se sirva hacer padecer al mas humilde de sus siervos: cura tú mis males de dolor agudo en la boca.

Hazlo así en honra de Dios que llena el espacio y merece toda adoración.

CALIFA-EL-ABBAS-BEZEN-KIR.»

Los teatros, los jardines, los museos, los paseos, todo lo mas notable de Madrid ha sido visitado por los embajadores y su séquito, y antes de volver á su patria, asistiran á un simulacro que se prepara en su obsequio por orden del general O'Donnell.

Abandonemos á los marroquíes para dirigirnos á los teatros, que como he dicho al principio, no han dejado de ofrecer animación y novedad.

La inauguración de la compañía de ópera italiana ha sido magnífica. La Lagrange arrebató con su expresiva y melodiosa voz, y los demás artistas son todos de primer orden.

La empresa del teatro de la Zarzuela, queriendo rendir un tributo de admiración á la memoria de Cervantes, ha conmemorado su natalicio poniendo en escena un apócrifo titulado *el Loco de la guardilla*, escrito de una manera admirable por el distinguido poeta Narciso Serra. El asunto de esta obra es el mismo de el de un cuento de Harzembusch publicado años há y tan sencillo como interesante.

Miguel de Cervantes escribe el *Quijote*, y leyendo lo que escribe se rie, y se rie tanto, que su hermanastra que con él vive no puede explicarse el motivo de aquella risa, sino suponiendo que el pobre Miguel se vuelve loco por momentos, creencia que afirman en ella la miseria en que ambos se hallan sumidos, el dicho de los vecinos y la desgracia que tenazmente ha perseguido al cautivo en Argel. Reúnense en consulta un clérigo y un médico á quienes la cuitada doncella explica sus temores y refiere los devaneos del loco; y el clérigo y el médico que entran á verle se rien lo mismo que él y que los vecinos.

Tanta es la algazara que se forma en la miserable guardilla, que oyéndolo desde la calle un respetable familiar del Santo Oficio, sube y pregunta cuál es la causa del alboroto. El mismo loco sale á explicarla, y reconoce en el familiar al inolvidable poeta fray Félix Lope de Vega. Grande es el regocijo del pobre manco de Lepanto al ver honrada su morada por tan insigne varón, y mientras este ojea el manuscrito del *Quijote*, refiere en los versos que copio á continuación como conoció á Lope de Vega.

Hé aquí el relato del inmortal Cervantes:

Salíme yo una mañana  
Del sol al primer reflejo,  
Con que su frente engalana,  
Por la puente segoviana,  
Entrada del Madrid viejo.

Pensando á un tiempo y andando  
En el cementerio dí  
Sin saber cómo ni cuándo,  
Y es que el hombre para allí  
Cuando mejor va pensando.

Llegueme á una reja á ver,  
Y lo que ví, ¡vive Dios!  
Que haciame estremecer:  
Ví un hombre y una mujer  
Y un muerto junto á los dos.

El hombre estabase grave;  
La mujer con menos calma  
Soltaba al dolor la llave;  
El muerto... solo Dios sabe  
Cómo tendria su alma.

«Que me lloreis es en vano,»  
Dijo el hombre con voz dura  
Y en estilo mondo y llano:  
«O no entierro á vuestro hermano,  
O pagais la sepultura.

»Yo estoy en lo positivo  
Y mis derechos percibo,  
Porque no hay ley ni hay alcalde  
Que me haga enterrar de balde,  
Pues que de los muertos vivo.»

Tal dijo el hombre y se fué  
Murmurando no sé qué;  
La mujer rompió á llorar,  
Yo me mantenía en pié  
Y el muerto sin enterrar.

Rompiendo por la espesura  
Y echando atrás la sotana,  
Con planta firme y segura,  
Llegó á interponerse un cura  
Entre el difunto y la hermana.

Y con mano poderosa,  
Cavando con tino cierto,  
Despobló la yerba ociosa,  
Rezó, bendijo la fosa  
Y dió sepultura al muerto.

Su bolsa á la hermana dió,  
Que estaba fuera de sí,  
La sotana recobró,  
Tuve curiosidad yo,  
Y cuando salió salí.

« Dios os bendiga, » la hermana  
Gritaba con voz amiga;  
Siguió, y una pobre anciana,  
Al ver al de la sotana,  
Gritóle: « Dios os bendiga. »

Mi curiosidad no cesa  
Y sigo su derrotero,  
Hállase al duque de Sesa,  
Y el duque su mano besa  
Y se le quita el sombrero.

Da en el palacio á sazón  
Que el rey estaba al balcon,  
Y viendo en la plaza al cura,  
Le saluda con ternura  
Y cariñosa expresion.

Siguió el cura, y yo seguí  
¿ Quién es, decia entre mí,  
Este hombre que por amigos  
Tiene duques y mendigos  
Y el rey le saluda así?

Y no llegué á conocer,  
Aunque iba de él tan en pos,  
Que era aquel inclito ser,  
En quien juntar quiso Dios  
Virtud, ingenio y saber.

Aunque le siguió anhelante,  
No pudo mi vista ciega  
Leer su nombre en su semblante.  
Era... el que teneis delante,  
Frey Félix Lope de Vega.

Este precioso juguete ha sido muy aplaudido, y es una nueva joya literaria que ha enriquecido la dramática española.

Tambien en la Zarzuela se ha cantado la ópera de Flotow, *Stradella*. El asunto de esta obra está tomado del siguiente hecho de la historia de Italia: Alejandro Stradella era en el siglo XVII un famoso compositor y cantante que se enamoró en Venecia de la pupila de un senador de la república, á la que robó una noche de carnaval para hacerla su esposa. El vengativo senador envió dos asesinos para matar á Stradella, y en el momento de hallarse este cantando un himno á la Virgen en una iglesia de Roma, intentan herirle saliendo de entre la multitud; pero impresionados por la voz y la música de Stradella, dejan caer sus puñales faltos de resolucion para cometer el crimen.

Este asunto histórico ha servido al maestro Flotow para escribir la música que tan alta reputacion goza en el extranjero.

Además de estas obras se preparan en el mismo teatro las zarzuelas *el Tesoro escondido*, *De palacio á la taberna*, *el Mudo* y *el Hijo de don José*.

En el Príncipe se han representado dos dramas: *la Pasion y el deber*, que ha obtenido un éxito mediano, y *Frutos amargos*, de Ortiz de Pinedo, que ha proporcionado un verdadero triunfo á su autor.

En este drama juega como uno de los recursos principales de la obra un aderezo de brillantes: la empresa deseando dar á la escena toda la verdad que el público exige, ha acudido á una persona que ha tenido la amabilidad de prestarle un aderezo cuyo valor pasa de veinte mil duros.

Romea continúa en Variedades muy favorecido por el público. Hasta ahora no ha representado mas que obras del antiguo repertorio; pero enseña dos comedias nuevas: una de Eguilaz, *la Cruz del matrimonio*, y otra de Escrich titulada *Lo tuyo mio*.

En Novedades se ha ejecutado un drama, *la Batalla de Lepanto*, en el cual si su autor se ha propuesto reunir en un libro todas las vicisitudes en ruido, en decoraciones y en trajes, que es capaz de contener un drama de grande aparato, ha conseguido su objeto.

Los libros no han dejado tampoco este mes de probar el progreso de nuestra nacion. Hé aquí los últimos que ha producido España.

*El Trovador de Monserrat*, coleccion de poesías de Victor Balaguer.

— *Fausta Sorel*, novela de la señora doña María del Pilar Sinues de Marco.

— *Manual de biografía y de bibliografía* de los escritores españoles y americanos del siglo XIX, por el señor Ovilo y Otero.

— *El Espiritualismo*, curso de filosofía por el señor Mateos.

— *La Cuestion de nacionalidad* de hijos de español, de

cidida en el tribunal del buen sentido liso y llano, por don José Antonio Ortiz Urruela.

— *El Arte latino bizantino* en España, libro muy bien impreso é ilustrado con grabados muy buenos. El texto es debido á la pluma del laborioso y entendido académico don José Amador de los Ríos, el cual, con ocasion del descubrimiento de las coronas góticas de Guarrazar, despliega un saber y una crítica notables para dar noticia y apreciar el estado del arte en nuestro pais en tiempo de los reyes visogodos.

— *Diario pintoresco de un viaje por los Estados Unidos*, por don Miguel Rodriguez y Ferrer.

— La entrega diez y nueve de la *Historia de la villa y córte de Madrid*, que acaba de aparecer, está acompañada de dos hermosas láminas que representan, una de ellas á san Francisco de Asis predicando á los madrileños, y la otra, la torre y casa señorial de los Lujanes.

— *Sumario analítico del gobierno político de los papas*, desde el Evangelio hasta nuestros dias, por el doctor Sanchez Plazuelo.

Además de estas publicaciones se anuncian *el Genio del Hogar*, periódico literario; un *Boletín de la Sociedad de la lengua universal*; un libro de educacion titulado *la Adolescencia*; una traduccion del *Manfredo* de Byron, por Alcalá Galiano, y una *Coleccion completa de cantares españoles*.

El señor don Emilio de la Fuente Alcántara, persona competentísima, dirige hace ya mucho tiempo el im-probo trabajo de recoger y ordenar este tesoro de poesía popular de que hoy solo tenemos impresadas dos colecciones muy reducidas, una de ellas en dos tomitos hecha con poco criterio á últimos del siglo pasado por un aficionado que usa el seudónimo de *Don Preciso*, y otra por Fernán Caballero, estimable si no por lo numeroso, por lo acertado en la clasificacion y la eleccion.

La coleccion del señor Lafuente no será completa porque es imposible agotar la poesía popular española que brota por todas partes con asombrosa espontaneidad, pero aun así calculamos que no bajarán de 30 á 40,000 cantares los que se coleccionen.

El célebre dibujante francés Gustavo Doré ha llegado á esta córte, y se propone ilustrar el *Quijote* de una manera monumental.

La Academia española ha ofrecido una medalla de oro y 20,000 reales á la mejor novela de costumbres que se presente al concurso que abre.

Esta misma corporacion ha dispuesto erigir á la memoria de Lope de Vega un monumento mural entre los dos balcones centrales de la fachada de la casa que fué propiedad de aquel ilustre poeta, y en la cual falleció, sita en la calle de Cervantes, núm. 15. El monumento será el busto de Lope de Vega en mármol, que ya está haciendo el señor don Ponciano Ponzano. Bajo el busto se colocará un medallon con la inscripcion siguiente:

AL FÉNIX DE LOS INGENIOS  
FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO,  
QUE FALLECIÓ A 27 DE AGOSTO DE 1635,  
EN ESTA CASA DE SU PROPIEDAD,  
LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA  
AÑO DE 1864.

Se restablecerá además en dicha casa la leyenda que el mismo Lope puso en ella, y que hasta nuestros dias se habia conservado, á saber:

PARVA PROPRIA MAGNA;  
MAGNA ALIENA PARVA.

Al mismo tiempo ha acordado publicar una edicion completa de las obras del inmortal príncipe del teatro español.

En los cimientos de una casa que ha sido necesario demoler en Murviedro, se ha encontrado una copia del *Koran* escrita en árabe, y cuyas cubiertas son de pergamino. Este joya bibliográfica ha sido regalada á la Biblioteca nacional.

Tambien se ha hecho otro hallazgo, un cuadro original del célebre Ticiano que representá la *Fecundidad*, y el célebre banquero Salamanca ha adquirido en Roma una coleccion rarísima de novelas españolas del siglo XV, que se encontraban en la biblioteca Alejandrina. Por esta coleccion, formada de 60 tomos, ha pagado 40,000 francos.

Todo esto prueba que España no quiere ser menos que las principales naciones de Europa, y que comprende que honrando las letras y las artes es como mas se glorifica un pueblo.

Para terminar mi revista de octubre citaré el último acontecimiento notable del mes.

Un pobre hombre llegó á Madrid hace ocho dias, y al apearse de la diligencia vió que no le quedaba mas dinero que 2,000 reales.

Decidido á hacer fortuna en Madrid, halló uno de los muchos industriales que recorren las calles llevando buhos y vendiendo papeletas con tres números, que los animales escogen y sus amos venden por dos cuartos á los bobos.

Estos números se juegan á la lotería, y por lo general nunca salen premiados; pero no hay regla sin excepcion.

Nuestro hombre, el de los 2,000 reales, compró una papeleta escogida por un buho, entró en una administracion de loterías y jugó la mitad de su dinero á terno seco.

Tres dias despues se verificó el sorteo y... ¡maravíllense mis lectores! el buho acertó los tres números, y el recién llegado se encontró dueño de 4 millones de

reales. ¿Hay algo mas caprichoso en el mundo que la fortuna?

El mortal agraciado está muy contentísimo, se propone hacer honor á sus millones, y decir parafraseando las célebres palabras de Julio César:

— *Llegué á la córte para enriquecerme, vi á un buho que me vendió tres números para jugarlos á la lotería, los jugué, y vencí á la fortuna obligándola á hacerme millonario.*

No envidio sus millones, pero no me pesaria imitar el ejemplo de este héroe á quien cualquiera tomaria por un verdadero héroe de novela; y estoy seguro de que mis lectores aaban mi buen gusto.

De cualquier modo, el millonario ha llegado á ser en Madrid un hombre importante, y si algo mas sé de él, lo sabrán en seguida cuantos me lean.

JUAN DE MADRID.

Madrid 31 de octubre de 1864.

### La coronacion del rey de Prusia.

Berlin 26 de octubre.

El cortejo real, al salir de Königsberg ha sido acogido en todo el camino por el entusiasmo de las poblaciones. Este entusiasmo se ha manifestado sobre todo en Dantzig (1), que habia preparado para el paso de Sus Majestades espléndidas iluminaciones (véase nuestro dibujo). En Berlin igual recepcion; el dia 22 el camino que el cortejo real tenia que recorrer desde el ferro-carriil hasta el palacio estaba todo adornado de palos venecianos. La muchedumbre era inmensa.

La comitiva real se puso en marcha á las doce y diez minutos en el órden siguiente:

1º Los presidentes de los gremios á caballo, y sus diputados ó comisionados;

2º El gremio de cortantes, en el que figuraban los 60 amos y 50 compañeros, estos últimos precedidos de 24 cornetas del regimiento de hulanos de la guardia. Los amos y sus compañeros vestian de levita y pantalon negros, con sombreros tricornos adornados con plumas, y llevaban espadas;

3º El gremio de cervceros;

4º El cuerpo de civiles de caballería precedidos de la música del segundo regimiento de hulanos;

5º El gremio de comerciantes á caballo con una banda de música especial, al estilo igual de la banda de trompeteros que figuraron en la entrada de Federico I en 1701;

6º Dos escuadrones de coraceros de la guardia;

7º Dos coches del rey tirados por seis caballos, conduciendo á los chambelanes de la reina;

8º Dos coches reales tirados por seis caballos, conduciendo á los grandes dignatarios de la casa del rey;

9º Una compañía de guardias de corps;

10. Dos ayudantes de campo de Su Majestad;

11. Su Majestad el rey á caballo. Inmediatamente detrás de S. M. el príncipe real y los hermanos de Su Majestad, con los príncipes de la familia real, cada uno con el uniforme de su regimiento ó de su arma. A la derecha el feld-mariscal baron de Wrangel; á la izquierda el general de servicio;

12. Dos caballerizos del rey;

(1) Dantzig ó Dantzig reúne una poblacion de 65,000 habitantes. En él existe el consejo del almirantazgo y el tribunal de Comercio; se encuentra muy bien fortificado y está defendido por una ciudadela. Por medio de los rios Radaune y Montlan que lo atraviesan, puede inundar una parte del pais que le circuye. Dantzig se divide en tres distritos principales: el Allstadt, el Rechtstadt y el Vorstadt. La ciudad se halla rodeada de barrios.

El Allstadt, ó ciudad vieja, tiene calles estrechas y tortuosas y casas cuyo estilo pertenece á la edad media. Se ha llamado á Dantzig la Nuremberga del Norte, con motivo de la fantástica arquitectura de sus antiguas habitaciones.

En la parte del Rechtstadt, llamada Langarten, se encuentran los edificios mas modernos y mejor construidos.

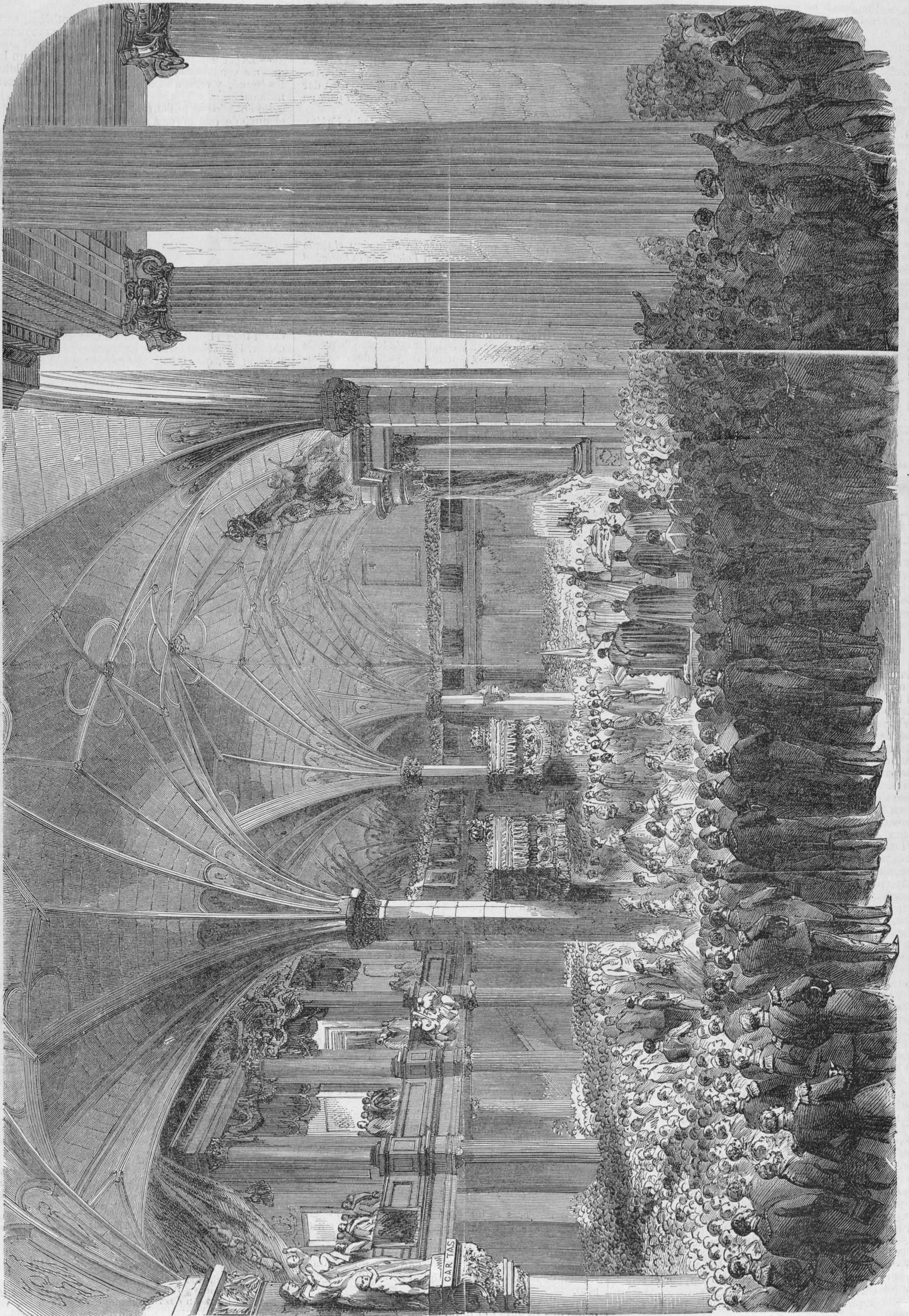
Dantzig es la ciudad mas comercial de los Estados prusianos; su puerto llamado Fahrwasser, está formado por la embocadura del Vistula: un segundo puerto existe en el interior de la ciudad, pero está reservado exclusivamente á los buques pequeños.

Dantzig es el principal depósito de los productos del rio Vistula, del comercio de Polonia, de la Prusia occidental y de parte de la Rusia. Es el centro de un inmenso comercio de granos.

Las fábricas mas célebres son los refinios de azúcar y los destilos de « agua de oro » (aguardiente).

El ámbar que se coge en las cercanías, se expide al Mediodia de la Europa. Los buques que mas frecuentan el puerto son los ingleses, holandeses, daneses y suecos. La parte mas fértil de los cantones vecinos es una isla situada entre el Vistula y el Montlan.

Se cree que Dantzig fué fundado el siglo XII por una colonia danesa: en su origen se llamaba *Danswick*. En 1473 pasó al dominio de la Polonia conservando su gobierno interior y otros privilegios. En 1709 la peste arrebató muchos miles de habitantes. Stanislas, pretendiente á la corona de Polonia, se refugió en él en 1734, y sitiado por los rusos y sajones se vió obligado á rendirse. En 1793 los prusianos ocuparon la ciudad y dejaron intacta la antigua organizacion. Los franceses se apoderaron de Dantzig en 1807 despues de un largo sitio y de reducir á ruinas los barrios exteriores. La toma valió al general Lefebvre el titulo de duque de Dantzig. En la paz de Tilssitt fué declarado ciudad libre, bajo el protectorado de Sajonia y Prusia, pero conservando una guarnicion francesa hasta fin de 1813. Entouces fué sitiado y resistió nueve meses al enemigo, devolviéndose poco despues á los aliados.



CEREMONIA DE LA CORONACION DEL REY DE PRUSIA EN LA CAPILLA DE LA ORDEN TEUTONICA EN KOENIGSBERG.

43. Su Majestad la reina y la princesa real en el coche de gala, tirado por seis caballos negros magníficamente enjaezados y conducidos por criados. A la derecha del coche iba el caballero mayor, el general Willisen, y á la izquierda el gobernador militar de Berlin, el general Alvensleben. En la traseña iban los pajes de la casa real;

14. Una compañía de guardias de corps;

15, 16 y 17. Coches tirados por seis caballos, conduciendo á las damas de la reina;

18. Un escuadron de coraceros de la guardia.

Sus Majestades el rey y la reina despues de haber entrado en sus aposentos se asomaron al balcon, sobre la puerta número 2, en la fachada que mira á la plaza de palacio, y saludaron á la compacta multitud que allí estaba agrupada. El aspecto de estas masas de hombres con innumerables banderas, que levantaban las manos, y agitaban los pañuelos y sombreros, producía un grandioso efecto, animado por las aclamaciones.

Despues de permanecer algunos minutos en el balcon y de haber dado atentamente gracias al pueblo, Sus Majestades se retiraron, y acompañadas de los príncipes y princesas de la casa real, y de los príncipes extranjeros, se asomaron al balcon de la puerta número 4 en la fachada que da á los jardines, donde fueron recibidas con igual entusiasmo. SS. MM. tomaron asiento, y dieron el permiso que se les habia pedido para que los gremios y corporaciones desfilasen debajo del balcon: el desfile se efectuó al compás de la música y al rumor de los vitores.

Por la noche toda la ciudad estaba iluminada. Había iluminaciones muy vistosas, y el conjunto general era brillante. Pero lo mas digno de notar aquí es el carácter unánime y cordial de esta fiesta dada al rey por la poblacion de Berlin. El rey y la reina se pasearon en coche descubierto sin ninguna escolta por en medio de la muchedumbre. Al otro día el rey pasaba una revista. Las tropas formadas en el paseo de los tilos ascendían á 40,000 hombres. El rey iba rodeado de un numeroso estado mayor en el que figuraban los príncipes de la familia real, los príncipes que representan soberanos extranjeros en la fiesta de la coronacion, y el duque de Magenta. El mariscal montaba un soberbio caballo, el mismo que llevaba en la batalla de Magenta. El rey pasó por el frente de sus tropas con su estado mayor, siendo saludado por las aclamaciones de los oficiales y de los soldados. Despues se colocó cerca de la estatua de bronce de Federico al extremo del paseo de los tilos, y todos los regimientos desfilaron delante de él.

La recepcion en el palacio ha sido quizá la mas numerosa y brillante de todas las que se han visto en la corte de Prusia. Lady Clarendon y la señora duquesa de Magenta fueron presentadas al rey y á la reina, quienes les hicieron la mas afable acogida. El cuerpo diplomático y todas las personas de la corte pasaron despues por delante de SS. MM., ante las cuales desfilaron todos los oficiales de los regi-

mientos residentes en Berlin ó en sus inmediaciones. Por la noche hubo una gran funcion en el teatro; se ejecutó la *Olimpia* de Spontini, elegida no tanto por su mérito, cuanto por su extraordinario aparato, en el que se ha desplegado la mayor pompa. H. C.

para que tengan mas respiro sus habitantes, suelen encontrarse en un bosque en busca de perdices y de liebres. Un corresponsal de un diario belga (el hecho ha sido contado por él mismo en una de sus cartas) ha tenido últimamente uno de estos casnales encuentros en el bosque de Fontainebleau. Al pronto no podia dar crédito á sus ojos. Un hombre seguido por un perro le apareció en una encrucijada del monte,

y este cazador no era otro que el famoso Alejandro Dumas que todo el mundo creía en Nápoles y por mucho tiempo, pues segun han dicho los diarios se ha encargado de hacer en aquella ciudad un gran trabajo histórico sobre sus antiguos reyes.

El célebre novelista venía cargado de caza; media docena de perdices, diez becadas, una liebre y no sé cuántos conejos.

— ¿Sois Alejandro Dumas? le preguntó el citado corresponsal, que habiendo salido á caza de faisanes, cazó una bonita crónica.

— El mismo que viste y calza, respondió Dumas; me debéis haber reconocido en mis proezas.

Y al mismo tiempo mostraba el fruto de su expedicion por el monte.

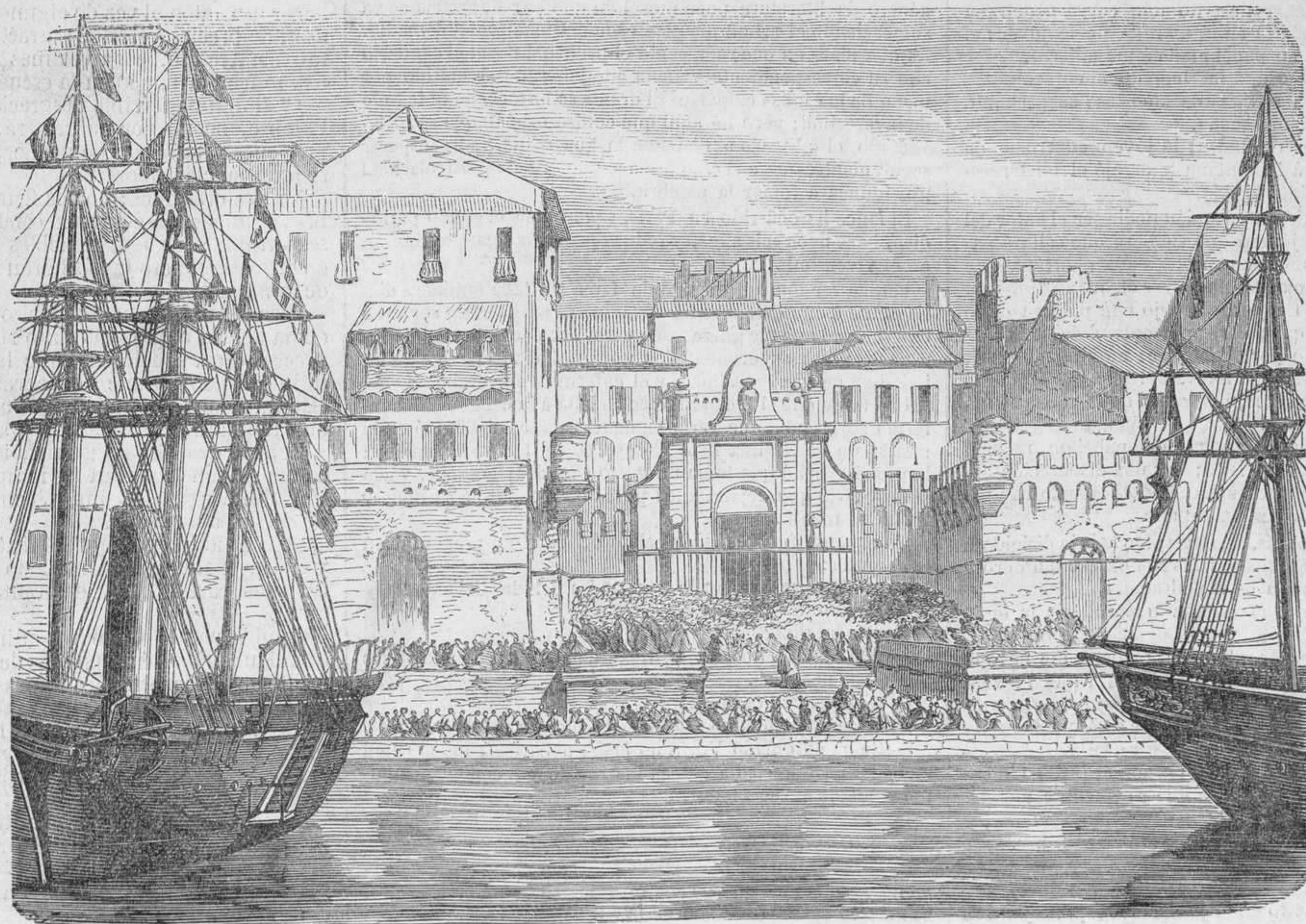
— Pero ¿de dónde venís?

— De Nápoles, amigo mio.

— ¿Y ¿con qué fin?



ILUMINACION DE DANTZIG EN CELEBRIDAD DEL TRANSITO DE SS. MM.



BENDICION DEL PUERTO DE CIVITA-VECCHIA POR N. S. P. EL PAPA.

**Bendicion**

DEL PUERTO DE CIVITA-VECCHIA POR N. S. P. EL PAPA.

Pocas palabras tenemos que decir sobre el dibujo de la ceremonia que ha tenido lugar en Civita-Vecchia. El papa que habia ido á esa ciudad para algunos asuntos administrativos, salió del palacio Pontifical cuya fachada da al mar, y echó la bendicion á la muchedumbre arrodillada debajo de las ventanas, así como á los buques que se hallaban en el puerto, entre los cuales se contaban dos buques franceses que habian trasladado nuevas tropas á Italia. Todas las embarcaciones estaban empavesadas, y en el momento de la bendicion, su artillería y la del fuerte resonaron en medio de las aclamaciones.

P. P.

**Revista de Paris.**

Este año abundan las régias visitas en la corte imperial. A los reyes de Prusia y de los Países Bajos han sucedido los príncipes Don Luis y Don Juan de Portugal, recibidos ostentadamente por los emperadores. En su honor se están dando actualmente fiestas continuas; grandes cacerías, funciones teatrales y bailes, diversiones de que disfrutan por turno los personajes del mundo oficial. No hay duda que los príncipes se llevarán el mas grato recuerdo de su permanencia en el palacio de Compiègne.

La caza es la gran ocupacion á que se consagran en la temporada de otoño los parisienses. Todas las mañanas los ferro-carriles se llevan por centenares á los aficionados, que vuelven por la noche con las bolsas de caza mas ó menos cargadas, segun el favor de la fortuna, y sobre todo segun la habilidad del que maneja la escopeta. Personas que no se ven en Paris, esta capital inmensa ensanchada hace poco con algunas leguas mas de circuito

— Con el de dar al teatro un par de comedias.  
— ¿Nada menos?  
— Sí, una de ellas es para el Ambigu y otra para el Gimnasio.

— Magnífica noticia para el teatro y para el público.  
Y los dos amigos, una vez entablada la conversacion, la prosiguieron durante algunas horas.

« Nos sería imposible, dice el corresponsal del diario belga á que nos referimos, relatar detenidamente aquel alto de caza de Alejandro Dumas. Sin embargo, se han quedado en nuestra memoria algunas anécdotas que merecen ser contadas. El ilustre escritor nos dijo que solo habia tenido por un año el palacio de Nápoles de donde viene ahora. — Hospédate ahí, le dijo Garibaldi, y buenas noches — ¿Y tú, á dónde vas? preguntó Alejandro Dumas. — A la posada, ¿á dónde he de ir? repuso Garibaldi. — Pasado el año Dumas escribió á Cialdini diciéndole que su « arrendamiento » espiraba el 24 de setiembre, y que estaba pronto á salir del palacio. Tres dias despues el general contestaba al novelista que el rey queria que fuese su huésped todo el tiempo que le conviniera serlo. Merecia en efecto esta contestacion, pues Dumas es popular en Nápoles como un príncipe. Todos le conocen y le saludan, hasta el último lazzarone, y cuando pasa algunas horas escondido, van por lo menos á verle trabajar en un pabellon donde se entrega con ahinco á sus tareas, desafiando el sol de Nápoles como ha desafiado el invierno de San Petersburgo, donde nuestro hombre se paseaba en enero sin capa y con la cabeza descubierta... »

Dumas no ha hablado de novelas, pero no nos sorprenderia que juntamente con sus nuevas producciones teatrales nos trajera á Paris por lo menos una docena de tomos de Impresiones de viajes mas ó menos novelescas, que bien habrán podido recoger en los meses que lleva recorriendo las provincias napolitanas, donde seguramente no han escaseado los sucesos.

Tenemos que hacer ahora una excursion á la orilla izquierda del Sena, al centro del barrio latino, que ha recibido ya en la actualidad á toda su poblacion estudiantil, bulliciosa y alegre cual ninguna. Entre los recién llegados á este clásico barrio de los estudios, se cuenta un mozalvete llamado Adolfo, enviado por sus padres á seguir este año los primeros cursos de la facultad de medicina.

Un hijo de familia que se encuentra en Paris, dueño absoluto de su libertad, sin otra obligacion que la de asistir á las cátedras algunas horas, obligacion que á la verdad es facultativa, pues al fin del año los examinadores no preguntan á nadie si ha asistido todos los dias á los cursos, un jóven en tal situacion es raro que consagre todo su tiempo á los libros. Adolfo se instaló en una fonda cerca del Luxemburgo, y examinando las inmediaciones de su vivienda descubrió en una casa contigua una jóven de diez y siete años de tanta hermosura, que le hizo olvidar desde luego que habia venido á Paris á prepararse para ejercer un dia la elevada ciencia de Hipócrates.

Esa jóven que se llama Evelina, vivia en compañía de su padre, un capitán retirado y viudo hace muchos años que por pasatiempo se consagra á estudios científicos. El gabinete de trabajo del capitán es un pabellon pegado al cuerpo principal del edificio, desde donde se ven las ventanas del cuarto de Evelina situado en el primer piso á poca distancia de la tapia de medianería que separa la casa de la fonda.

Una de estas últimas tardes el capitán estaba leyendo en su pabellon, y casualmente acertó á levantar los ojos hácia las ventanas del aposento de su hija en el mismo instante en que cruzaba los aires un proyectil arrojado con mucha destreza, que despues de haber descrito una curva penetraba por una ventana entreabierta en la morada de la jóven: el capitán observó que era un papel atado á un guijarro.

Su descubrimiento le oprimió fuertemente el corazón.  
— ¿Anda ya Evelina en intrigas de amorios? se preguntó espantado en medio de su angustia.

Pero no tardó en salir de dudas; la jóven encarnada de indignacion, se asomó á la ventana y arrojó el misterioso mensaje que habia recibido.

Cavilando el militar retirado en quién podia ser el autor del billete, se acordó de un jóven, que siempre que salia á paseo con su hija, les encontraba con obstinada oportunidad y les seguia á cierta distancia. No podia ser otro.

Sin embargo, como su hija no le dijo una palabra de lo que habia pasado, él no quiso darse por entendido.

Adolfo no dió el asunto por terminado; muy lejos de eso, pocos dias despues lanzaba una nueva epístola por el mismo sistema de comunicacion aérea, ignorando que Evelina se hallaba ausente.

El capitán que habia estado alerta en su pabellon, recogió la carta que al punto abrió y leyó; era una declaracion ardiente, como las que escriben los estudiantes cuando una pasion amorosa les hace olvidar sus estudios.

« Mis intenciones son puras, la decia; me habria dirigido á vuestro padre, pero me da miedo, pues me parece tan duro y tan terrible como un capitán de melodrama. »

Adolfo pedia una cita y anunciaba que saltaria la tapia aquella noche.

« Si me cerrais la puerta, continuaba, mañana me encontrarán muerto en vuestro jardín, en atencion á que la vida sin vuestro amor me es insostenible. »

Si conservais mi carta en vuestro poder será que consentís en oirme. »

El capitán resolvió dar una buena leccion al jóven Lindoro, y con este fin escribió á su hija que se quedase aquella noche en una casa de campo adonde habia ido á comer, y tomó sus disposiciones para recibir al osado estudiante.

Este al ver que se habian quedado con su carta, creyó que podia aventurarse á llevar á cabo su expedicion. Con efecto, siendo ya de noche, penetró en el jardín del capitán y subió de puntillas los escalones del peristilo.

¡Qué felicidad! La puerta está entreabierta; seguramente

le están esperando y su corazón palpita fuertemente. Tantea el terreno, pero apenas ha dado algunos pasos, cuando la puerta se cierra de golpe detrás de él, y se queda preso en un corredor del que le es imposible salir.

Al cabo de media hora pasada en angustias mortales, oye pasos y Adolfo ve llegar al capitán acompañado de dos agentes municipales, á quienes dice:

— Señores, echen Vds mano á ese ladrón que se ha introducido esta noche en mi domicilio.

— Ea, señorito, á la cárcel, dicen los agentes.

— Yo no soy un ladrón, señores, exclamó con timidez el desgraciado Adolfo.

Pero los dos acólitos del capitán sin hacerle caso se le llevan y pasa la noche en un cuerpo de guardia.

Al otro dia comparece ante el comisario de policía que habia recibido ya la visita del padre ofendido. El capitán no queria sin embargo que las cosas pasaran de cierto limite; lo único que se proponia era dar un susto provechoso al imprudente jóven.

Adolfo fué puesto en libertad, y se retiró muy mohino despues de haber recibido una buena reprimenda del comisario de policía. Para complemento de castigo habrá podido leer estos dias en los periódicos de Paris la relacion mas ó menos circunstanciada de su triste y peligrosa aventura.

En la última semana la Sociedad de geografía de Paris ha celebrado su primera sesion despues de las vacaciones, y en ella varios viajeros han dado cuenta á la asamblea de sus excursiones y descubrimientos. Vamos á citar con brevedad los hechos más notables de esta interesante sesion. M. Charnay ha presentado á la sociedad una serie de sus admirables pruebas fotográficas que representan las antigüedades del Yucatan, del Chiapa, del Estado de Oaxaca y de algunas otras partes de Méjico y otros puntos de la América por donde este intrépido viajero acaba de hacer una exploracion que ha durado muchos años. Nada más curioso que esos magníficos restos de una civilizacion desconocida, de un origen que se pierde en la noche de los tiempos, y de un carácter especialísimo tan distinto del que presentan los monumentos de nuestro continente. Hemos oido decir que M. Charnay prepara una publicacion para describir las maravillas arqueológicas del Nuevo Mundo, contando con la colaboracion de M. F. Denis, uno de los escritores franceses más competentes en estas materias.

M. de Semenov, viajero ruso que ha recorrido el Asia central y particularmente la cuenca, completamente cerrada, del gran lago Issyk Koul, los montes Celestes, los montes Ala tan y las márgenes del lago Balkhach, enseñó y explicó los mapas que ha trazado para representar sus exploraciones y en los cuales rectifica una porcion de errores geográficos de los mapas antiguos.

M. de Romanov, otro viajero ruso, ha dirigido á la Sociedad de geografía mapas y una Memoria que dan nuevas noticias sobre el cauce inferior del Amor; sobre las partes del mar de Okhotsk y del mar del Japon próximas á este río, y sobre las últimas adquisiciones de los rusos en la Manchuria.

Loor á estos atrevidos é inteligentes campeones de la civilizacion, que á costa de peligros inauditos abren nuevos horizontes á la ciencia guiados en su empeño por el noble fin de ser útiles á sus semejantes contribuyendo al progreso de las luces.

No hemos hablado á su debido tiempo de una nueva produccion dramática que se ha estrenado el mes último en el teatro del Odeon, escrita por M. A. Rolland y titulada *las Vocaciones del doctor*, porque á decir verdad, pertenece á ese género de literatura poco moral en que por desgracia se va sumergiendo el arte dramática cada dia más profundamente. Es una pieza en que representa el principal papel el adulterio con su correspondiente veneno administrado al marido por mano de la esposa culpable. El drama se ha tachado ante todo de inverosímil; pero hé aquí que contra este ataque se ha levantado el « Figaro » diciendo lo que nadie podia esperar seguramente, que « el caso ha sucedido. » Esta particularidad nos induce á tomar la palabra.

El lance ha ocurrido en Paris, segun dice el citado periódico, hace unos seis años, y todos los personajes que figuran en él viven todavía.

Parece ser que un médico de fama visitaba entonces diariamente á uno de sus enfermos que era muy amigo suyo. La enfermedad aunque grave tenia cura, pero ¡cosa singular! los remedios más experimentados no producian efecto alguno, irritaban en vez de calmar, y el enfermo empeoraba.

Una tarde que el facultativo se hallaba á la cabecera del enfermo sorprendido de verle en aquel estado, distinguió en la mesita de noche una bebida cuyo color llamó su atencion; la probó y halló que tenia un gusto singular; entonces vació la taza y vió que dejaba unos posos que se puso á reconocer inmediatamente.

Un instante despues habia salido del cuarto y preguntaba á la doncella:

— ¿Quién prepara por lo regular las bebidas del amo?

— La señora.

— ¿Nadie más?

— ¡Oh! No, señor, nadie; tiene dada órden de que no las toquemos nosotros.

— Que venga la señora.

Al verla el facultativo la dijo estas cuantas palabras:

— Se ha entregado Vd. á un juego peligroso; tenga usted cuidado. « Es preciso » que su marido de Vd. comience á ponerse mejor desde mañana.

La señora no supo qué replicar; el médico se despidió y salió, y ocho dias despues el enfermo estaba sano.

« Lo más curioso, añade « el Figaro » es que este matrimonio es en el dia uno de los más unidos que hay en Paris. El médico es amigo íntimo de la casa, adonde va muy á menudo; jamás la señora le ha hablado del asunto, y el marido jamás ha recelado nada. »

En esta anécdota está la comedia de M. Rolland, y ella nos da ocasion para repetir aquello del célebre verso francés, que no siempre la verdad es verosímil.

MARIANO URRABIETA.

### Pedro Aretino.

Si hubiesen de erigirse estatuas monumentales á todos los hombres descarados, intrigantes, aduladores y de malévolo talento que han ocupado el mundo desde la primera descendencia de Adán hasta nuestros dias, seguramente que la generalidad concederia una de oro macizo á Pedro Aretino.

Podia ponerse sin recelo en su mano el cetro de la crítica, con la seguridad de que habia sido desempeñada como la desempeñan algunos críticos de nuestra época.

Podia personificarse la sátira en sus labios, si es que se aspiraba á la apoteosis del insulto.

Y podia igualmente adornarla con un tomo de discursos parlamentarios de la Europa moderna, si se queria premiar el epigrama directo y personal.

Despues, si de todas estas premisas resultaba en la estatua una figura más mordiendo las uñas, ó más claro, si del conjunto de tan bellos talentos brotaba como en suelo propio la envidia, échese la culpa á las generaciones espontáneas, y elévese burlesco incienso al colosal genio de la crítica razonada.

Pero el pedestal de una estatua de tal estofa debe estar formado por una de dos caricaturas, el hambre ó la impotencia.

Cualquiera de estos dos caminos conduce al Parnaso especial de los espíritus intransigentes, y particular de Aretino.

Y digo Parnaso, porque también los envidiosos aspiran á crearse un templo sobre un monte, y á sostener que el público no debe tomarse el trabajo de pensar, porque ellos piensan en su nombre, ni necesita ver, porque el gusto estético de la belleza reside en los bolsillos de su pantalón.

Y en este encantador Parnaso, las rosas fecundadas por el riego se tornan en ortigas, las auras embalsamadas se convierten en huracan, y los mansos arroyos en cenagosas lagunas.

Pero los críticos de la ralea de Aretino tienen por otra parte una ventaja. Va de comer á dos carrillos, en cambio de una no pequeña dosis de desvergüenza, y de alguna que otra paliza involuntariamente caída sobre sus costillas.

Hé aquí lo que ocurrió tal cual vez al famoso hijo bastardo del caballero de Arezzo, Luis Bacci.

La olvidadiza historia no ha querido recordarnos nada de los juveniles años de Aretino, contentándose con señalarlos el 1490 como fecha de su nacimiento.

Pero este imperdonable descuido puede suplirse, calculando lo que debió ser el niño por lo que era despues el adulto.

De este modo creemos que Aretino en sus tiernos años iria almacenando en su imaginacion y en su memoria aquella serie de desvergüenzas é insultos que le proporcionaron un lugar distinguido entre los personajes del siglo XVI.

El niño se burlaria de sus compañeros con exceso; estos, á la par que temerian su lengua, no dejarian de hacer uso tal cual vez de algunos argumentos, *ad hominem*, de precioso efecto, y gracias á tantas almas caritativas, Aretino, cada vez más entusiasta de sus chistes, se iria formando en la escuela del descaro.

¿Y si alguna terrible desgracia, se nos dirá, dió á ese hombre, bueno por naturaleza, la causticidad de expresiones y la bajeza de medios, que pueden asemejarse á un suicidio moral?

No, lectores míos: no nos fiemos jamás de esos hombres á quienes la desgracia conduce á una burlesca desesperacion; las almas nobles podrán odiar, podrán creerse ateas, pero jamás harán á sus semejantes objeto de la mofa ni el escarnio.

Para ser un Aretino es preciso creer en el *chiste*, como en la deidad á que más culto rinden los hombres, y es preciso creer igualmente que la sociedad ha llegado al último grado posible de degradacion y miseria; por esto ha dicho no sé quién, que antes del orangutan hay otro animal más parecido al hombre: *el gracioso*.

El gran *debut* de nuestro italiano en el mundo público fué su soneto contra las indulgencias, en el que atacándolas por su lado cómico, echaba los grandes cimientos de su popularidad.

Pero conoció que aquella materia no era inagotable, y si por el contrario demasiado espinosa en sus consecuencias para atacarla de frente y sin preparacion alguna.

Cambia por lo tanto repentinamente de sistema, y estudiando el sistema político de Europa, se ve frente á frente de las dos grandes figuras del siglo.

Cárlos V y Francisco I empezaban entonces sus incabables rencillas, y agarrados á las puntas de sus mantos, una inmensa caterva de reyezuelos, duques, condes y marqueses, querian á toda costa salir de la insignificancia con que les dotara la naturaleza.

Aretino dirigió sus tiros contra todos, y á fuerza de méritos y paciencia, pudo lograr que se le diera el *rimbombante* título de « azote de los príncipes, » colocándose así de lugarteniente de Atila en la escala de los azotadores.

Los dos grandes reyes, creyendo encontrar en el satírico ingenio un hombre sin talento de mundo y sim-

plamente hambriento, se propusieron cerrarle la boca con recompensas espléndidas, y alimentar sus desmoralizadas costumbres con regalos de gran valía.

Pero los que tan despoéticos se mostraban en todas ocasiones, no conocieron que aquella debilidad solo serviría para elevar hasta las estrellas fijas el nombre de Aretino, y para tener en él un escarbador continuo de su no inmaculada conciencia.

Por esta razon y atendiendo á sus intereses particulares, el poeta arregló en su mente una tarifa *sui generis*, que le servía de norma para obrar y para pedir.

No hay necesidad de asegurar que Carlos y Francisco la encabezaban, ocupando un distinguidísimo y amplio lugar. En la columna que Aretino destinaba á señalar su conducta para con los personajes cuyo nombre habia escrito delante, decia simplemente *guerra sin tregua*, y en la de recompensas ajustadas á su cálculo *pension vitalicia*.

A continuacion seguian todos los personajes indiferentes al insulto, los cuales tenian vinculados sus elogios y recompensas eventuales.

El Pontífice ocupaba un lugar especial, calificado de último recurso, y que tenia como conducta el ascetismo y la escritura sagrada.

Por último, los próximos principes italianos que habian hecho sentir á sus costillas todo el peso del gobierno, tenian solamente una línea de puntos suspensivos elocuentísima.

Y en consecuencia de tan profundo estudio de los caracteres y de las situaciones, el bufon de Europa gastaba diariamente cuanto en sus manos caía, seguro de encontrar siempre fecundo el manantial.

Las crónicas de la época nos dicen que su vida privada correspondió exactamente á la pública, y que su moralidad exterior solo era un reflejo algo pálido de su moralidad interior.

Cada vez que los regios vasallos del ingenio le enviaban algun presente de consideracion, Aretino arrojaba al mundo uno de sus chistes, haciendo despepitarse de risa á los políticos.

Carlos V, no queriendo ceder en nada á la magnificencia de su rival, envió un día á Aretino una gran cadena de oro de primoroso trabajo. Este la toma entre sus manos como pago que se retarda demasiado, y examinándola escrupulosamente, exclama:

— Pequeño don es este para tantas tonterías como ha hecho.

Y de este modo, al mismo tiempo que excitaba á Carlos para que le regalase mas, indicándole que el oro servía de mordaza en su boca, aumentaba la algazara y la risa de sus enemigos.

Otro dia, un hombre de su mismo pueblo se acercó para aconsejarle que dejase mas espacio en sus obras, que no acumulase tantas desvergüenzas para que produjesen mas efecto, y que tuviese mas cuidado en distinguir las personas, para que no tuviese á todo el mundo por enemigo. Además, le encarecía la necesidad de que moralizase algo sus costumbres, y no diese lugar á que el clero tronase fuertemente contra los vicios que él personificaba.

— Buen consejero, respondió Aretino, mis libelos, folletos y chistes producen mas efecto y causan mas bien en el mundo, que cuantos sermones se han escrito y se escribirán en adelante.

Pero llegó un dia en que su gloria empezaba á decaer, en que sus chistes hacian sonrojar á muchos y cansaban á los mas, y en que ni sus queridas, ni sus hermanas, ni sus amigos, podian disfrutar de las franquicias que eran el encanto de su vida, y que necesitaban una corriente constante de fondos.

Entonces reuniendo todo el dinero de que pudo disponer, llamó á un grabador, y dándole por sí mismo el diseño le hizo grabar una medalla.

Su retrato grotescamente pintado y con la inscripcion *el divino Aretino* ocupaba el anverso de esta extravagante medalla, y en el reverso se le veia sentado sobre un trono, al que se acercaban en actitud respetuosa los reyes y grandes de la tierra, llenos de dádivas y ofrendas, y con este lema en derredor: *Los principes á quienes dan tributo los pueblos, dan tributo á su servidor.*

Interminable sería este artículo si hubiesen de citarse aquí todas las singularidades y extravagancias del carácter de Aretino.

Pero llegaba un dia en que los recursos habian terminado: apagábanse las luces de las orgias, y muchas veces tambien la lumbre de su hogar. Entonces, acosado por el hambre, el divino, insultante y dominador se convertía en humilde gusano, que pide en todos los tonos dinero para su bolsillo, y que le alcanza á cambio de exagerados panegíricos, tan dulces y naturales en sus labios como los mas punzantes epigramas.

Después, pasada la necesidad y socorrida la urgencia, Aretino volvía á ser Aretino, para escribir mas tarde, si no habia otro remedio, la vida de santa Catalina ó de la Virgen María con toda la uncion evangélica, dulces frases y ascetismo que hubiera empleado el mas austero devoto.

El Pontífice que llegó á tener miedo de su lengua viperina, cuando tanta parte tomaba en las guerras italianas y en las contiendas de los principes, le dió señaladas muestras de afecto, que nunca pasaron ni pudieron pasar de nominales. El mordaz ingenio no dejó de enganar por las apariencias, ni queriendo tampoco romper resueltamente con el Pontífice, dijo públicamente á sus amigos:

— ¡El Santo Padre, amigos míos, me abraza con una bondad sin límites; pero sus afectuosos abrazos no son letras de cambio!

Y gracias á esta pequeña indicacion, consiguió extraer algunos escudos del bolsillo secreto de Su Santidad.

No hay para qué decir que un hombre de tal carácter no podia agradecer los dones que se le presentaban, debidos segun él, ni tampoco dejar de importunar á todo el mundo para conseguir sus peticiones, á trueque de pesado y molesto.

Faltandole en él por completo el fuerte lazo del *qué dirán*, nada tiene de extraño que solo atendiese pura y simplemente al sórdido interés, que le proporcionaba además su gran fama de excéntrico, original é independiente.

Y causa verdadero asombro que la Europa sostuviese por tanto tiempo en su seno un hombre tan impudente, en un siglo regido por la espada y la fuerza bruta.

Pero esto no quiere decir absolutamente nada mas que el imperio del sable ha sido siempre el mas fácil de burlar por la inteligencia, cuando se le ataca con maña.

Un tesoro de Francia, al que Aretino habia pedido con mucha insistencia dinero, le dió finalmente una gratificacion para que no convirtiese en insultos sus humildes peticiones, cuando estuviese cerrada la boca de sus amigas.

— No extrañéis, le contestó inmediatamente, que guarde silencio por vuestra merced: he consumido ya toda mi voz en pedir, y no me queda para dar gracias.

Después, cuando repetidas veces se le instó á que incensase á Francisco I prodigándole las mismas alabanzas que á Carlos V, dijo con tono semi-trágico:

— Francisco I fué mucho tiempo el ídolo de mi corazón; pero el fuego que ardía en este altar se apagó por falta de pábulo. Mis escritos han preconizado sus virtudes por todo el orbe; pero yo no vivo ya de humo, y S. M. no se digna informarse si yo como lo mismo que los demás hombres.

Se ve pues en los textos citados, que aquel furibundo epigramático, tan mordaz y tan vilipendiador, no estaba sujeto en sus críticas á mas regla que la del comestible.

Baco sin duda hubiera saludado en él á uno de sus mas privilegiados discípulos, su linda esposa podria admitirle á su regazo, y Priapo, fruto de tal union, no se desdenaria de tenerle por compañero.

Pero uno de los rasgos mas distintivos de su especial desvergüenza eran los desmedidos elogios que de sí mismo hacia á cada momento.

Y cuenta que tales elogios no eran creidos por él mismo, ni les concedía importancia alguna, pues su único objeto era no dejar ningun vacío en el tipo artístico que representaba, é imponer á todo el mundo sus extravagancias y locuras.

Para hacer mas perfecto este resultado, hablaba perversamente de todos los poetas y escritores de su tiempo, y sostenia que á él solo le era dado alabar ó vituperar á los héroes, porque solo de sus alabanzas ó vituperios hacian caso.

Criticando la dulzura y la suavidad que tanto se oponian á su habitual energía y descaro, decia que los escritores sus contemporáneos «tenian por tinta delicado perfume, y por pluma un suavísimo pincel, capaz solo de producir miniaturas.»

«Mis elogios á los reyes, añadia, van como colosos de oro y plata por encima de las estatuas de mármol y de bronce que se les dedican, y se reconoce su belleza y perfeccion en la redondez de las partes, en lo saliente de los músculos y en la armonía de formas que caracteriza á las obras bien acabadas.»

Véase hasta dónde llega la estudiada desvergüenza de este hombre, á quien la Europa aduló por mas de cincuenta años.

Pero fué mas allá todavía, y con razon en este punto, si se le ha de juzgar imparcialmente.

En el prólogo de sus *Razonamientos* afirma, que si sus obras carecen de mérito en la construccion literaria, no por eso se las desconocerá jamás el grande, ejemplar y magnánimo de haber hecho llegar la verdad á los gabinetes de reyes y emperadores, en cuyo recinto no habia entrado jamás desde el principio del mundo.»

Por último, concluye con su natural desenfado: «Si yo hubiese predicado la fe de Jesucristo, como he alabado á los emperadores, hubiera amontonado en el cielo mas tesoros que deudas tengo en la tierra.»

Además de sus elogios, sátiras, razonamientos y vidas de santos, el viejo obsceno escribió diez y seis sonetos faltos de todo pudor para acompañar ciertos grabados del mismo jaez dibujados por Julio Romano.

Y aquel hombre extraordinario murió á los sesenta y seis años.

Pero su muerte no podia dejar de unirse en estrecha relacion á todos los recuerdos de su vida.

Un dia, que sentado en un sillón se embriagaba, como de costumbre, para entregarse sin remordimiento á todos sus repugnantes vicios, una de sus hermanas, tan precoces como él, le empezó á contar uno de aquellos sabrosos cuentos que solo podian oír sin ruborizarse sus partidarios.

Una risa convulsiva, inmensa, indescriptible, respondió en Aretino á tan divertida relacion, y sin poder contenerse, sin lograr que cesase aquella carcajada-expiciacion, el italiano, resbalándose lentamente del sillón en que se hallaba, cayó al suelo para desnucarse y morir instantáneamente.

Algunos años después de su muerte un olvido profundo y un ataque general contra sus obras y costumbres dos siglos después, fueron los premios que las generaciones futuras otorgaron á su memoria.

Sobre su tumba se grabó un bello terceto italiano, que los redactores de la *Biografía universal* traducen de este modo:

Aquí Aretino reposa,  
Poeta vil é insolente,  
Que con su pluma injuriosa  
Criticó á todo viviente.  
En sus escritos perversos  
Solo á Dios no criticó,  
Sin duda, segun sus versos,  
Porque no le conoció.

¡La virtud y el buen corazón han triunfado siempre tarde ó temprano en el mundo!

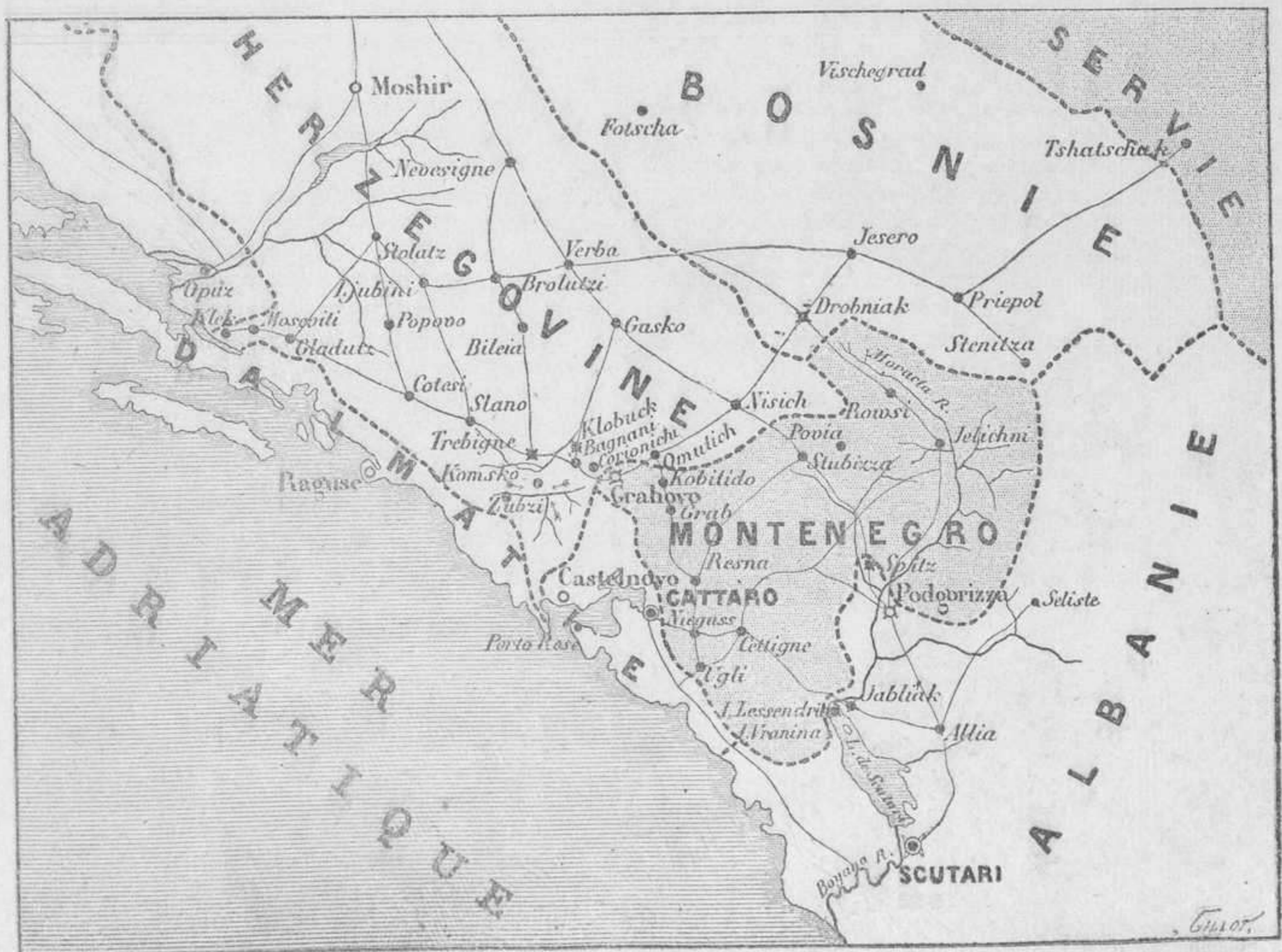
EDUARDO SERRANO FATIGATI.

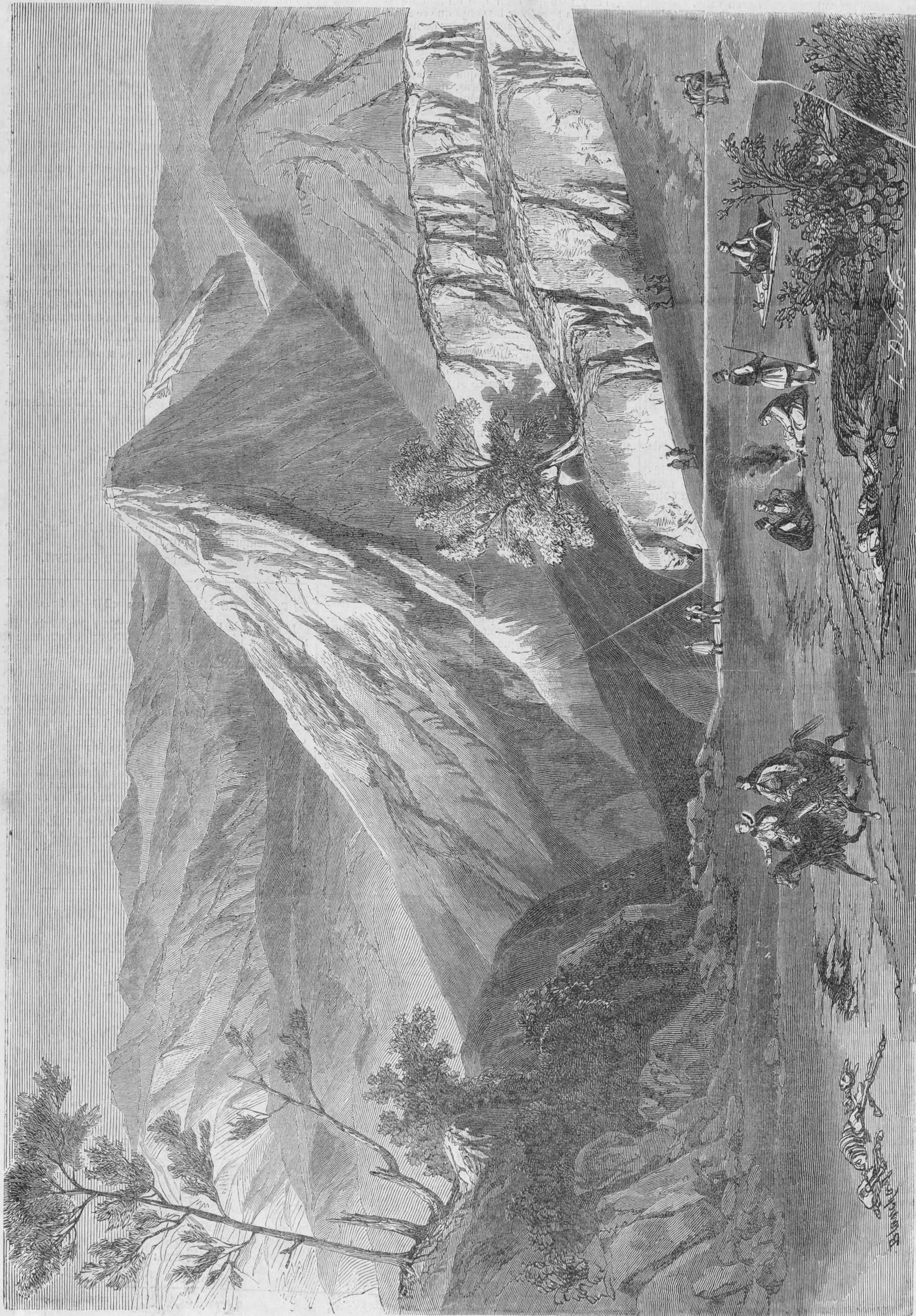
**El fuerte de Klobuck en el Montenegro.**

El fuerte de Klobuck, cuya exacta reproduccion damos en la página siguiente, está llamado sin duda á desempeñar un papel importante en la guerra que ha estallado entre la Turquía y el Montenegro. Por su posicion y por su altura domina una grande extension de pais. Encontrándose en la frontera turca, es en cierto modo la clave del pais sublevado, y puede servir á un tiempo á los turcos de punto de apoyo en toda operacion ofensiva ó de lugar de refugio casi inexpugnable en caso de derrota.

Al fuerte de Klobuck se retiraron los pocos infelices que pudieron libertarse del degüello, después de la sangrienta derrota de Grabovo. Si los montenegrinos hubiesen sabido aprovecharse entonces de su triunfo y se hubiesen apoderado de este fuerte, habrian arrojado quizá para siempre de su pais á sus mas mortales enemigos, ó al menos habrian centuplicado las dificultades que estos experimentaban ya para someter un pais siempre levantado contra ellos.

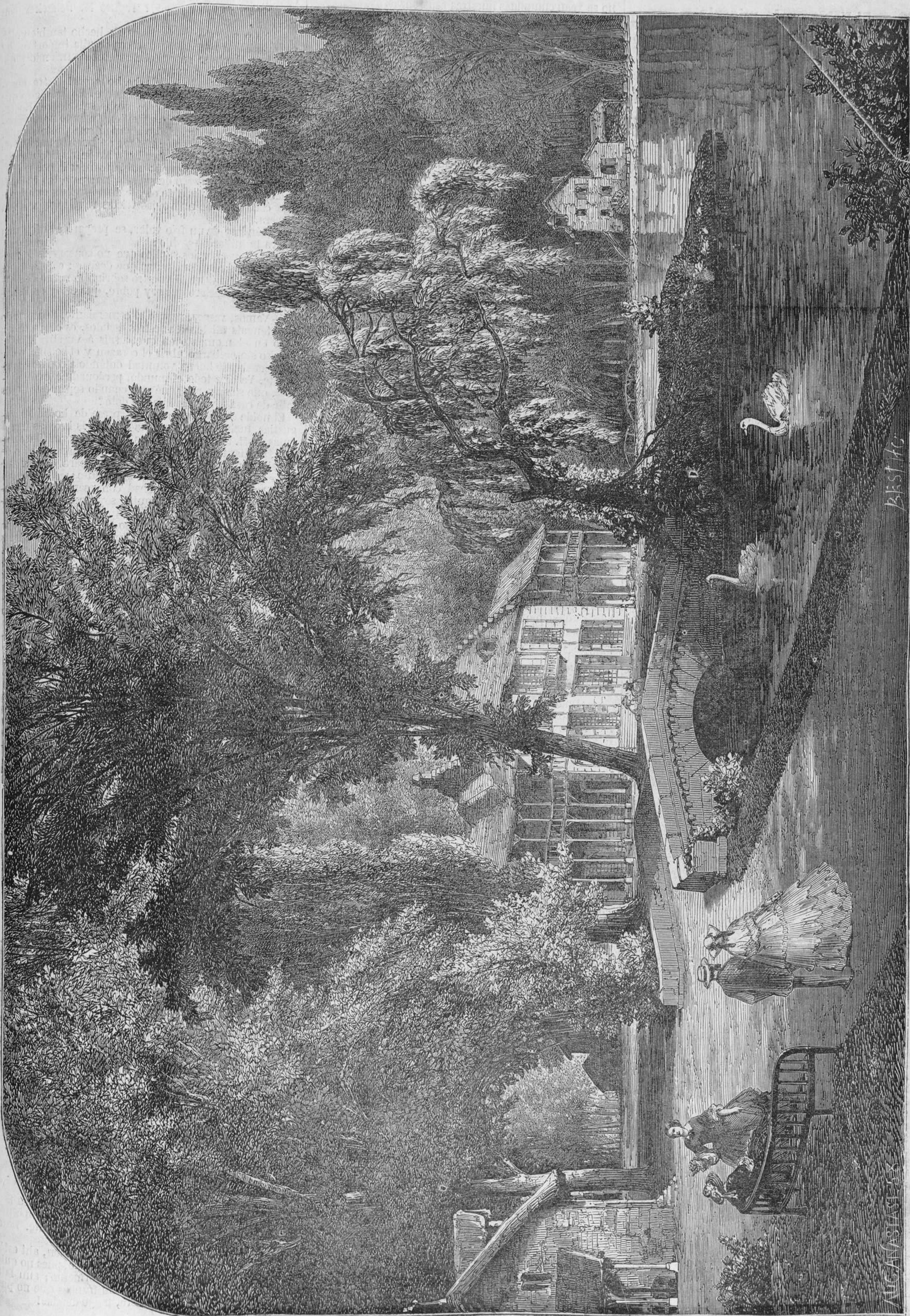
P. P.





EL FUERTE DE KLOBUCK, FRONTERA DE MONTENEGRO.





PEQUEÑO TRIANON : EL HAMEAU (caserío).

## El Noble en la miseria

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

(Continuación.)

El joven miró algunos instantes á su interlocutor con sorpresa y duda; pero en breve se pintó en su rostro una incredulidad que hizo enrojecer y temblar al noble.

Este repuso con acento triste:

— ¡Ah! veo en vuestros ojos que no dais crédito á mis palabras. Para vos tambien yo soy un avaro, un hombre que oculta su oro, que quita á su hija lo necesario por reunir dinero... soy un miserable á quien todos temen y desprecian...

— ¡Oh! perdonadme, señor de Vlierbecke, contestó Gustavo con ansiedad; la veneracion que os profeso no tiene límites...

— Que no os asusten mis palabras, prosiguió el noble serenándose; no os acuso, Gustavo; pero vuestra sonrisa me prueba que tambien con vos he logrado ocultar mi indigencia bajo la capa de una execrable avaricia. Es inútil que os dé ahora mas explicaciones sobre este punto. Lo que os digo es la verdad; no poseo nada, nada. Volvemos á vuestra casa sin ver á Leonor; examinad detenidamente si no hay motivos que os deban hacer cambiar de resolucion, dejad que pase la noche sobre vuestras reflexiones, y si mañana amais todavía á mi hija en su pobreza, y pensais que podeis ser feliz y hacerla á ella dichosa, pedid el consentimiento á vuestro tío. Aquí teneis mi mano; ¡ojalá podais estrecharla un dia como la de un padre!...

El tono solemne de estas palabras convenció al joven de que decia la verdad, por grande que fuera la sorpresa que le causaba aquella inesperada revelacion.

Pero muy luego una expresion de alegre entusiasmo se pintó en sus facciones.

— ¡Si amaré á Leonor en la pobreza! exclamó; ¡oh, Dios mio! recibirla por esposa, vivir á su lado, encontrar á cada instante la felicidad en su suave mirada, en su voz encantadora! ¡Saber que tengo el deber de protegerla y que mi trabajo hace su felicidad! ¡Ah! ¡palacio ó choza, riqueza ó miseria, todo me es indiferente, con tal que su presencia anime el lugar donde me encuentre yo! La noche no tiene nada que aconsejarme... y si obtengo de vuestra generosidad la mano de Leonor os daré gracias de rodillas por el inestimable tesoro que me habeis acordado.

— En hora buena, respondió el noble, el fuego de las inclinaciones, la constancia de los sentimientos son naturales á vuestro carácter joven y ardiente; pero ¿y vuestro tío?

— ¡Mi tío! murmuró Gustavo con visible sentimiento. Es verdad, necesito su aprobacion; todo cuanto poseo ó pueda poseer en mi vida depende de su cariño; yo soy un huérfano hijo de su hermano. Me ha adoptado por hijo y me ha colmado de favores, tiene derecho para decidir de mi suerte y debo obedecerle...

— ¿Y él que es negociante y sin duda aprecia mucho el dinero, dirá como vos que le es indiferente el palacio ó la choza?

— No lo sé, respondió Gustavo exhalando un suspiro; pero es tan bueno para mí, que me lisonjeo de obtener su consentimiento. Estima y quiere mucho á Leonor, y aun creo que me animaba á pretender su mano; seguramente vuestra revelacion le sorprenderá mucho, pero mis ruegos le vencerán, podeis creerlo.

El noble se levantó para poner fin á la conversacion y añadió:

— Pues bien, pedid el consentimiento á vuestro tío, y si vuestra esperanza se realiza, que venga á tratar conmigo de vuestra union con mi hija. Por lo demás, sea cual fuere el desenlace de este asunto, podeis contar con mi estimacion y mi amistad, Gustavo. Vamos, salid del Grinselhof sin ver á Leonor, hasta que haya una solucion definitiva; yo la diré lo que conviene que sepa.

Entre triste y alegre, con el corazon lleno de alegría y de ansiedad al mismo tiempo, Gustavo se despidió del señor de Vlierbecke.

### V.

En la tarde del otro dia el noble se hallaba sentado en su salón con la cabeza inclinada sobre sus manos. Seguramente, estaba sumergido en profundas meditaciones, pues su mirada incierta erraba en el vacío, en tanto que en su rostro se reflejaban ora el contento y la esperanza, ora la inquietud y la ansiedad.

Leonor asomaba de tiempo en tiempo, se detenia inquieta un instante, iba de un lado á otro y bajaba despues las escaleras como si la hubiesen perseguido; se conocia que esperaba con impaciencia alguna cosa. Sus facciones denotaban sin embargo una alegría mal contenida, la cual dejaba presentir que su corazon rebosaba dulces esperanzas.

Si hubiese podido ver qué temores acudian á turbar á su padre en sus reflexiones, quizá no se hubiese hallado tan contenta; mas el señor de Vlierbecke comprimia sus emociones delante de ella, y se sonreia á veces como para mostrar que tambien vivia confiado.

Por fin, cansada de dar vueltas Leonor se sentó junto á su padre y fijó en él una mirada límpida y escudriñadora.

— Mi querida Leonor, la dijo, no estés tan agitada; hoy nada podremos saber todavía. Mañana quizá... mo-

dérate, y así vencerás mejor tu dolor si Dios decide que no se vean cumplidas nuestras esperanzas.

— ¡Oh! no, no, padre mio, murmuró la joven, Dios me será favorable, lo conozco en la emocion que me domina. No extrañeis que esté tan alegre, veo á Gustavo hablando á su tío, oigo lo que le dice y lo que M. Denecker le responde; le veo abrazar á Gustavo y dar su consentimiento... sin duda, padre mio, tengo derecho para esperarle, pues M. Denecker siempre me ha mirado con afecto.

— ¿Y serás muy dichosa, Leonor, si te casas con Gustavo?

— ¡Oh! exclamó Leonor, ¡amarle, hacer la felicidad de su vida, ser su alegría y su consuelo... animar con nuestro amor la soledad del Grinselhof!... Entonces seremos dos para cuidaros; Gustavo sabrá mejor que yo ahuyentar la tristeza que á veces oscurece vuestra frente; os paseareis, hablareis y saldreis con él; os tendrá el amor de un hijo, su única ambicion sobre la tierra será haceros dichosa, pues sabe que vuestra felicidad es la mia, y yo le recompensaré ese cariño, sembraré en su camino las mas bellas flores de un alma agradecida. Sí, sí, viviremos juntos entonces en un paraiso de alegría y de amor.

— Pobre y sencilla criatura, dijo el señor de Vlierbecke, Dios te oiga. Pero el mundo está regido por leyes y costumbres que ignoras tú. Una mujer debe seguir obediente á su marido, adonde él quiera ir. Si Gustavo elige para vosotros otra morada, tendrás que obedecerle sin replicar y tendrás que consolarte poco á poco de mi ausencia. Semejante separacion me seria muy penosa en otras circunstancias, pero sabiendo que eres feliz no me espantará la soledad.

La joven miraba á su padre con sorpresa y espanto mientras pronunciaba estas palabras; cuando se calló inclinó lentamente la cabeza sobre su pecho, y lágrimas silenciosas corrieron de sus ojos.

El señor de Vlierbecke la tomó la mano y dijo con voz suave:

— Sabia, Leonor, que iba á entristecerte, pero es preciso que te acostumbres á la idea de la separacion.

La joven levantó la cabeza y repuso con aire resuelto:

— ¡Cómo! ¿Gustavo exigiria que nos separásemos? ¿Y os habriais de quedar solo en el Grinselhof? ¿Y yo entraria en el mundo con mi marido y quizá deberia seguirle en medio de las fiestas y de las diversiones? ¡Oh! No disfrutaria un instante de reposo; donde quiera que me encontrase, la voz de mi conciencia me gritaria: Hija ingrata é insensible, tu padre está padeciendo. Sí; amo á Gustavo; le quiero mas que á mi vida; recibiria su mano como una bendicion de Dios, y sin embargo, si me dijese que abandonara á mi padre, si me diera á elegir entre vos y él... le rechazaria. Paderia horriblemente, moriría quizá, pero en vuestros brazos, padre mio.

Inclinó un instante la cabeza como abatida por un pensamiento amargo; pero muy luego clavó en su padre una mirada animosa y añadió:

— ¿Dudais del cariño que os profesa Gustavo? ¿Le creeis capaz de llenar vuestra vida de amargura? ¿De hacer que me separe de vos? ¡Oh! padre mio, no le conoceis, no sabeis cuánto os respeta y os ama; no sabeis qué tesoros de amor y de bondad encierra su corazon.

El señor de Vlierbecke estrechó á su hija en sus brazos y la besó la frente. Pensaba en calmarla con palabras consoladoras, cuando de repente Leonor se apartó risueña y trémula á la vez, y alargando un dedo hacia la ventana, pareció escuchar con atencion un ruido de carruaje que se oia cada vez mas cerca.

No tardó el señor de Vlierbecke en comprender la causa de aquel movimiento de su hija. Su rostro se animó tambien con una expresion de alegría, y salió á recibir á M. Denecker, á quien encontró en el umbral de la puerta apeándose del coche.

El negociante parecia llegar de buen humor, estrechó cordialmente la mano del noble y le dijo:

— ¡Ah! Señor de Vlierbecke, ¡cuánto celebro veros! ¿Cómo estais de salud? Creo que mi sobrino ha aprovechado mi ausencia.

En tanto que el noble le introducía en un salon con las ceremonias de costumbre, el comerciante le dió un golpecito familiar en el hombro y exclamó riendo:

— Ya éramos amigos, y ahora vamos á ser buenos parientes, ¿no es verdad? El tunante de mi sobrino no tiene mal gusto, y creo que le costaria trabajo hallar una novia tan linda y tan amable como Leonor. Señor de Vlierbecke, es preciso que sus bodas dejen memoria, que se hable de ellas durante veinte años.

Y diciendo esto habian entrado en el salon y se habian sentado.

El noble, aunque su corazon latía alborozado, no se atrevia á creer lo que parecia decirle el tono de M. Denecker, y miraba á este con aire de duda. El comerciante prosiguió diciendo:

— Con que vamos á ver, se trata de entendernos. Gustavo aspira á su felicidad con ardiente impaciencia, me ha suplicado de rodillas que apresure la cosa, y de veras me compadezco de ese pobre loco. Por este motivo he abandonado hoy casa y negocios, y vengo aquí á terminar este asunto. Me ha dicho que habiais dado vuestro consentimiento, lo que está muy bien. Yo he pensado tambien en este matrimonio durante mi viaje, pues habia observado que las flechas del amor habian traspasado de parte á parte el corazon de mi sobrino... pero confieso que no las tenia todas conmigo en punto á vuestras intenciones: la desigualdad de casta, una preocupacion de los tiempos pasados habria podido deteneros...

— ¿Gustavo os ha dicho pues que yo consentia en su casamiento con Leonor? interrumpió el noble.

— ¿Me habria engañado? repuso M. Denecker con sorpresa.

— No por cierto; pero ¿no os ha hecho tambien otra comunicacion que debe pareceros de alta importancia?

El negociante se encogió de hombros sonriendo y exclamó en tono de chanza:

— ¡Qué locuras le habeis hecho creer! Entre nosotros fácilmente se aclarará este punto. Me ha dicho que el Grinselhof no os pertenece y que sois pobre. No teneis tan mala opinion de mi entendimiento para suponer que yo pueda dar crédito alguno á semejante fábula.

El noble se estremeció: el tono de buen humor y de familiaridad de M. Denecker le habia infundido un instante la creencia de que lo sabia todo, y que sin embargo accedia al deseo de su sobrino; pero las últimas palabras que acababa de oír, le demostraban que tenia que comenzar de nuevo las tristes revelaciones de la víspera.

Armándose de un frio valor, se preparó á sufrir una nueva humillacion y dijo:

— M. Denecker, os suplico que no conserveis la menor duda sobre lo que tengo que deciros: consiento en dar inmediatamente á vuestro sobrino la mano de Leonor; pero os declaro que soy pobre, que estoy en la miseria.

— Vamos, vamos, repuso el comerciante. Comprendo que tengais aficion á vuestros escudos, es cosa sabida; pero en el momento en que casais á vuestra hija, es preciso sin embargo abrir el corazon y el bolsillo y dar una prueba de buena voluntad dotándola convenientemente. Ya dice todo el mundo, perdonadme que lo repita, que sois avaro; ¿qué será cuando sepan que dejais salir de casa á vuestra hija sin dote?

El noble sentado en su silla, presa de horribles angustias, luchaba penosamente contra las bromas incrédulas de M. Denecker, bromas que no le permitian cambiar, mediante una explicacion corta y clara, el giro de aquella conversacion tan humillante para él. Así fué que exclamó con una voz casi suplicante:

— Por amor de Dios, acabad con esas amargas alusiones. Os declaro, á fe de quien soy, que no poseo nada en el mundo.

— Señor de Vlierbecke, repuso el negociante con una sonrisa maliciosa, vamos á concluir el negocio con unas cuantas cifras, y saldremos del paso inmediatamente. ¿Sin duda habeis creido que os he venido á pedir grandes sacrificios? No por cierto; á Dios gracias no necesito andar escatimando, pero el matrimonio es un negocio que se emprende entre dos personas, y justo es que cada una de ellas lleve alguna cosa á la caja comun, aun cuando las partes deban ser desiguales.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamaba el noble estrechando convulsivamente sus puños.

— Vamos, repuso M. Denecker, yo doy á mi sobrino una suma de cien mil francos, y si él quiere continuar en el comercio, mi crédito le valdrá mas que eso todavía. No quiero ni aun deseo que doteis á Leonor con una suma igual; vuestra alta alcurnia y sobre todo vuestra perfecta educacion pueden compensar lo que falte en dinero... pero si quiera la mitad... cincuenta mil francos... Creo que consentireis... vamos, respondedme.

Pálido y trémulo, el noble estaba como anonadado sobre su asiento; despues de haber oido estas palabras, dijo con una voz triste y exhalando un profundo suspiro:

— M. Denecker, esta conversacion me mata... cesemos. Os he dicho que nada poseo, y ya que me obligais á hablar antes de darme á conocer vuestras intenciones, habeis de saber que el Grinselhof y sus dependencias están hipotecados por un valor superior al que tienen en efectivo. Inútil es que os revele el origen de estas deudas, básteos que os repita que os digo la verdad; y ahora, sin ir mas lejos, ya que conoceis cuál es mi situacion, me hareis el favor de decirme cuál es vuestro propósito relativamente al casamiento de vuestro sobrino.

Esta declaracion hecha con febril energía no convenció todavía al negociante. En su rostro se pintó cierta sorpresa, mas sin embargo, dijo con una sonrisa de incredulidad:

— Perdonadme, señor de Vlierbecke, pero me es imposible creerlo; no pensaba que fuérais tan obstinado, mas en fin, ¿cómo ha de ser! cada uno tiene su defecto en este mundo; este es demasiado avaro, el otro demasiado prodigo. Sea como quiera, yo me propongo hacer alguna cosa para evitar á Gustavo una larga pena. Vamos, dad á vuestra hija veinte y cinco mil francos, bajo la condicion de que la cifra del dote quedará entre nosotros, pues tampoco quiero caer en ridiculo... ¡veinte y cinco mil francos! No direis que es mucho... apenas será bastante para pagar los muebles de la casa. Ea, sed razonable, y aquí teneis mi mano.

Sobrecogido de un estremecimiento nervioso, el noble se levantó de repente y abrió con mano trémula un armario inerustado en la pared, del que sacó un legajo de papeles que arrojó sobre la mesa diciendo:

— Aquí teneis, leed y convenceos.

El negociante se puso á recorrer los papeles; su fisonomia cambió poco á poco, y de tiempo en tiempo meneaba la cabeza reflexionando profundamente. Entre tanto el noble decia con una voz irónica:

— ¡Ah! ¿No queriais creerme? Pues bien, ahí están las pruebas. Preciso es que lo sepais todo, pues no quiero sentarme mas en el banco del tormento; aun falta una letra de cambio de cuatro mil francos que no puedo pagar: ¡soy mas que pobre, tengo deudas!

— ¡Y es la pura verdad! exclamó al fin M. Denecker estupefacto; no poseéis nada. Veo en estos documentos que tenemos el mismo notario... Sin embargo, yo le he hablado de vuestra fortuna... y él me ha dejado en mi opinión, ó mejor dicho, en mi error...

Como si una roca se hubiese desprendido de su pecho, el noble respiró mas libremente, y su rostro recobró en cierto modo la serena y digna expresion que le era ordinaria. Volvió á sentarse y dijo con una frialdad contenida:

— Ahora que ya no podeis dudar de mi pobreza, ¿quereis decirme cuáles son vuestras intenciones?

— ¡Mis intenciones! repuso el negociante; mis intenciones son que seguiremos siendo buenos amigos como hasta aquí, pero en lo que toca al matrimonio, fracasó; no hablaremos mas del asunto. ¿Qué cuentas os habeis echado, señor de Vlierbecke? Ahora principio á descubrir la verdad; creiais hacer un buen negocio y vender vuestra mercancía lo mas caro posible...

— ¡Caballero! exclamó el noble encendiéndose en ira; hablad con respeto de mi hija; ¡pobre ó rica, no olvideis quién es!

— No hay que incomodarse, respondió M. Denecker; no quiero insultaros; muy al contrario, si hubiéseis logrado vuestro propósito, quizá os habria admirado, pero en asuntos de interés, yo no me duermo nunca, señor de Vlierbecke. Y ya que sois tan susceptible en puntos de honra, permitidme que os pregunte si habeis obrado lealmente con mi sobrino permitiendo que tomara incremento en su corazon el amor desgraciado que le devora.

El señor de Vlierbecke inclinó la cabeza como para ocultar el rubor de la vergüenza que cubria su frente y sus megillas, y así permaneció abatido con el peso de una emocion mortal, hasta que el negociante le dijo:

— ¿Y no me respondeis?

— ¡Ah! exclamó el noble balbuceando, compadeceros de mí; quizá el cariño que tengo á mi hija me ha extrañado. Dios ha concedido á mi Leonor todos los dones que pueden adornar á una mujer en la tierra; yo pensaba que su hermosura, la pureza de su alma, la nobleza de su sangre eran tesoros al menos tan preciosos como el dinero...

— Para un noble quizá, pero no para un comerciante, contestó M. Denecker.

— No seais injusto conmigo; al ver nacer en Gustavo y en Leonor una simpatía reciproca, no he comprimido la inclinacion que les atraia el uno hácia el otro, al contrario, cada dia en mis oraciones daba gracias á Dios porque me habia enviado un salvador para mi hija. Sí... un salvador... pues Gustavo es un jóven honrado que la habria hecho dichosa no por el dinero, sino por la nobleza de su carácter, por la lealtad de sus sentimientos. ¿Es pues un crimen tan grande para un padre reducido á la indigencia por inevitables desgracias, el tener esperanzas de que su hija podrá sustraerse á la miseria?

— No, seguramente, respondió el negociante; el todo es conseguirlo, y para eso habeis dirigido mal vuestras baterías, señor de Vlierbecke; yo soy hombre que examina dos veces la mercancía antes de cerrar el trato, y es muy difícil venderme patatas por limones...

Este modo de hablar, tomado de la lengua del comercio, pareció imponer al noble una tortura cruel, pues se levantó bruscamente y dijo con una cólera que no trataba ya de disimular:

— ¿Con que no quereis compadeceros de mi desgracia? Suponeis que yo tenia el proyecto de engañaros; ¿sois vos quien ha descubierto mi indigencia? Despues de las revelaciones que os he hecho, todas voluntarias, ¿no habeis quedado en libertad de obrar á vuestro antojo? ¡Ah! no creais que porque escucho humildemente vuestras reconvenções y porque reconozco mi error, se haya extinguido todo sentimiento de dignidad en mi alma. Hablais de mercancía como si viniéseis á comprar aquí alguna cosa: ¿es mi Leonor? Todos vuestros tesoros no podrian pagarme lo que vale. Si á vuestros ojos el amor no es bastante poderoso para hacer desaparecer la desigualdad pecuniaria que nos separa, habeis de saber que yo me llamo Vlierbecke, y que este nombre, aun en la miseria, pesa mas que todo vuestro oro.

Mientras pronunciaba estas palabras, una ardiente indignacion se habia pintado en el rostro del noble; sus ojos lanzaban chispas de fuego al negociante, quien turbado por la exaltada voz y animados ademanes del señor de Vlierbecke, retrocedia delante de él mirándole estupefacto.

— ¡Dios mio! exclamó al fin, están por demás palabras tan huecas; cada cual se queda lo que es y guarda lo que tiene, nada mas ni menos. Ahora solo tengo que pedir que no recibais mas á mi sobrino... en otro caso...

— ¡En otro caso! repitió el noble con voz colérica; ¿me amenazais?

Pero dominándose al punto, dijo con una frialdad aparente:

— ¡Basta! ¿Mando que os acerquen el coche?

— Como gustéis, respondió el comerciante; si no hemos podido hacer nuestro negocio, no es una razon para que seamos enemigos.

— Está bien, no hablemos mas, caballero.

Y al decir estas palabras, llevó al negociante hasta la puerta y se despidió de él con un breve saludo.

El señor de Vlierbecke se volvió al salon, se dejó caer sobre un asiento y se llevó convulso las manos á su frente, en tanto que un ronco suspiro se exhalaba con trabajo de su oprimido pecho.

Un rato permaneció silencioso é inmóvil, pero en bre-

ve sus manos cayeron sobre sus rodillas. Estaba pálido como un difunto; su alma se hundia en el abismo de los mas terribles pensamientos, y sin embargo, ni el mas ligero movimiento nervioso venia á manifestar en su semblante el martirio de su corazon.

De repente oyó un ruido de pasos en el cuarto superior, que le hizo volver en sí, y exclamó con angustia:

— ¡Dios mio! ¡mi pobre Leonor!... Aun no he sufrido bastante... Tengo que despedazar el corazon de mi hija arrancando de él todas sus esperanzas... ¡Ah! ¡si pudiese evitarla tan horrible revelacion!... ¿Qué decir? ¿Cómo expresar?...

Una sonrisa amarga plegó sus labios, y repuso con triste ironía:

— ¡Ah! oculta tus sufrimientos, ten valor. Sonriete con la muerte en el alma... Sí, la vida es para tí una eterna burla; pero ¿qué puedes hacer, miserable, mas que someterte, ceder sin lucha y aceptar el yugo que te imponen? Fuera todo sentimiento de rebeldía; silencio, aquí viene tu hija.

En efecto, Leonor abria la puerta del salon y corria á su padre clavando en él una mirada radiante de esperanza.

Por grandes que fuesen los esfuerzos que hacia el señor de Vlierbecke para disimular su ansiedad, esta vez no pudo lograrlo, y Leonor leyó en breve en sus facciones que estaba poseido de un dolor profundo.

Viendo que guardaba silencio, comenzó á temblar y preguntó anhelosa:

— ¿Qué es lo que hay, padre mio?

— Pobre hija mia, respondió el noble, no somos dichosos; Dios nos somete á pruebas bien duras, inclinémonos ante su voluntad.

— ¿Qué quereis decir? ¿qué debo temer? exclamó Leonor en el colmo de la angustia; hablad, padre mio, ¿se ha negado?...

— Sí.

— ¡Oh! Es imposible...

— Se ha negado porque posee millones y nosotros estamos en la miseria.

— ¡Dios mio! ¿He perdido á Gustavo para siempre?

— Para siempre, Leonor, respondió el padre con una voz sombría.

Un grito agudo se escapó de la boca de la jóven, que corrió á la mesa é inclinó sobre ella su cabeza angelical llorando amargamente; fuertes sollozos levantaban su pecho, y de tiempo en tiempo murmuraba con desesperacion el nombre de su amado.

El noble se levantó y contempló un instante el dolor de su hija. Una tristeza indescriptible se hallaba pintada en su rostro; su mirada tan expresiva por lo comun estaba apagada, y estrechaba convulsivamente los puños.

Acercándose mas á la jóven, la dijo cruzando las manos y con una voz suplicante:

— Leonor, ten piedad de mí. En la fatal conversacion que he tenido con M. Denecker, he sufrido todos los tormentos que pueden martirizar el corazon de un padre... he apurado hasta las heces el cáliz de la humillacion... pero todo eso no es nada comparado con tu dolor... Te suplico, hija mia, que alces á mi tu suave semblante, que me des fuerzas con tu conformidad... ¡Ah! Leonor, mi cabeza se extravía...

Y al hablar así se dejó caer en un asiento abatido por una emocion terrible. Leonor se acercó á su padre, apoyó la cabeza sobre su hombro y dijo con una voz entrecortada por los sollozos:

— ¡No veré mas! ¡Renunciar á su amor! ¡Perder una felicidad anhelada durante tanto tiempo!...

— ¡Leonor! ¡Leonor! exclamó el noble con acento doloroso.

— ¡Oh! padre mio, repuso la jóven, ¡perder á Gustavo para siempre!... Este pensamiento me asesina... en tanto que esté á vuestro lado daré gracias á Dios... pero en este instante las lágrimas me ahogan, ¡dejadme llorar!...

El señor de Vlierbecke estrechó á su hija sobre su seno, y respetó silenciosamente la afliccion de la desventurada jóven.

## VI.

Cuatro dias habian trascurrido desde que M. Denecker se habia negado á consentir en el casamiento de Gustavo con Leonor, cuando á una media legua del Grinselhof apareció un carruaje de alquiler que pronto se detuvo á la entrada de un sendero.

De este carruaje se apeó un jóven que indicó al cochero una posada bastante distante; los caballos dieron media vuelta, y el vehiculo volvió á tomar el camino que habia traído, en tanto que el jóven se adelantaba á paso rápido en la direccion opuesta.

En cuanto el Grinselhof asomó á sus ojos por entre los árboles, prosiguió su marcha con precaucion para no ser visto, hasta llegar á la alameda que precedia al patio donde lanzó un grito de júbilo: la puerta estaba abierta.

Gracias á los árboles y á las zarzas, se deslizó sin que le descubrieran hasta el puente, pasó de puntillas por delante de la granja y atravesó el denso cercado de verdura del Grinselhof que le rodeaba como una fuerte muralla.

Apenas habia dado algunos pasos por el jardin, se detuvo temblando.

Leonor estaba sentada debajo del fresno con la cabeza apoyada en el borde de la mesa; violentos sollozos se exhalaban de su seno, y al través de sus dedos que veían su mirada caian lágrimas brillantes como perlas sobre la arena del camino.

El jóven se adelantó con paso ligero; pero aunque trataba de no hacer ruido, la jóven le oyó, levantó la cabeza y retrocedió temblando, en tanto que pronunciaba el nombre de Gustavo como un grito de angustia.

Quiso huir, pero antes de que pudiera dar un paso, el jóven, de rodillas delante de ella, estrechaba sus manos convulsivamente y la decia:

— ¡Leonor, Leonor! escuchadme. Si huís de mí, si me negais el consuelo de decirnos en un postrer adios lo que sufro y lo que espero, ó moriré á vuestros piés ó me iré á morir lejos de mi patria, lejos de vos, mi amor, mi prometida esposa. ¡Ah! Leonor, por piedad, escuchadme.

Aunque Leonor temblaba en todos sus miembros, sus facciones tomaron una expresion de dignidad y de orgullo herido, y respondió con un tono frio y reservado:

— Vuestra osadía me sorprende. Mucho y muy triste es el valor que habeis necesitado para presentaros de nuevo aquí despues de la afrenta que ha recibido mi padre, que se encuentra enfermo en la cama. ¿Esa es la recompensa de mi cariño?

— ¿Y me acusais, Leonor? ¿Qué crimen es el que yo he cometido? exclamó el jóven desesperado.

— Ya no hay nada comun entre nosotros, repuso la jóven; si no somos ricos, en cambio la sangre que corre por nuestras venas no sufre injurias... Levantaos, salid de aquí, todo está concluido entre nosotros.

— ¡Leonor! yo soy inocente, dijo Gustavo levantando sus manos hácia ella.

La jóven ocultó las lágrimas que querian brotar de sus ojos, y se desvió con intencion de alejarse.

— ¡Cruel! exclamó Gustavo con voz desgarradora, ¿me dejais para siempre sin decirme adios, sin una palabra de consuelo? Está bien, sufriré mi suerte; vos lo habeis querido.

Se levantó, y derramando lágrimas amargas, prosiguió diciendo:

— Leonor, amiga mia, ¿me condenais á morir? Está bien, os perdono; sed dichosa sin mí; ¡adios, adios para siempre!

(Se continuará.)

## Horrorosa catástrofe

OCCURRIDA EN LAS MINAS DE LALLE CERCA DE BESSEGES (FRANCIA.)

En las minas de Lalle acaba de ocurrir una horrorosa catástrofe que ha costado la vida á cerca de cien personas, y no ha dejado en una aldea contigua á la mina mas que mujeres y niños sumergidos en el mayor dolor y en la desnudez mas completa. Los votos mas ardientes han acompañado á los trabajadores que sin descanso, sin retroceder ante ninguna dificultad se exponian á los peligros mas inminentes por salvar á sus compañeros; pero ¡ay! sus esfuerzos han obtenido escasos resultados; de tantas víctimas solo cinco han sido arrancadas á la muerte.

Hé aquí la historia de este horroroso acontecimiento, que tomamos de los periódicos del Mediodia y de varias correspondencias particulares:

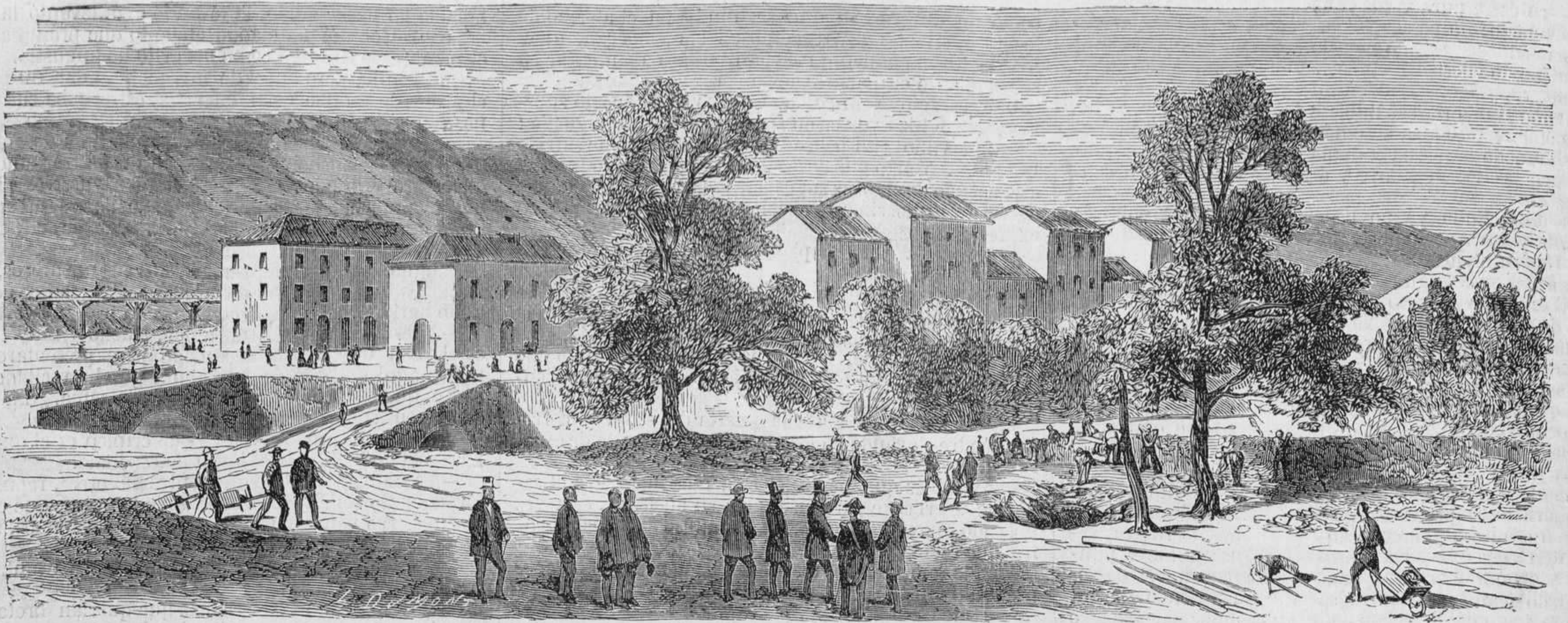
La mina de Lalle se extiende sobre la orilla izquierda del Ceze al Norte de Besseges, y á unos ochocientos metros de esta ciudad se encuentra un doble confluente formado por la union del Ceze con el arroyo el Long, y de este con el Castellás.

Crecidos por las avenidas fangosas que bajan de lo alto de las montañas próximas, el Ceze, el Long y el Castellás salieron de madre simultáneamente y mezclaron sus aguas formando una especie de laguna. De repente la tierra se abrió, y las aguas hallando una salida en la mina, la invadieron con una rapidez increíble. Fácil es figurarse el espanto de los infelices trabajadores. Veinte de ellos subieron por el cubo de un pozo, y uno de estos tuvo bastante valor y sangre fria para bajar dos veces en el cubo y salvar á tres ó cuatro de sus compañeros con un niño.

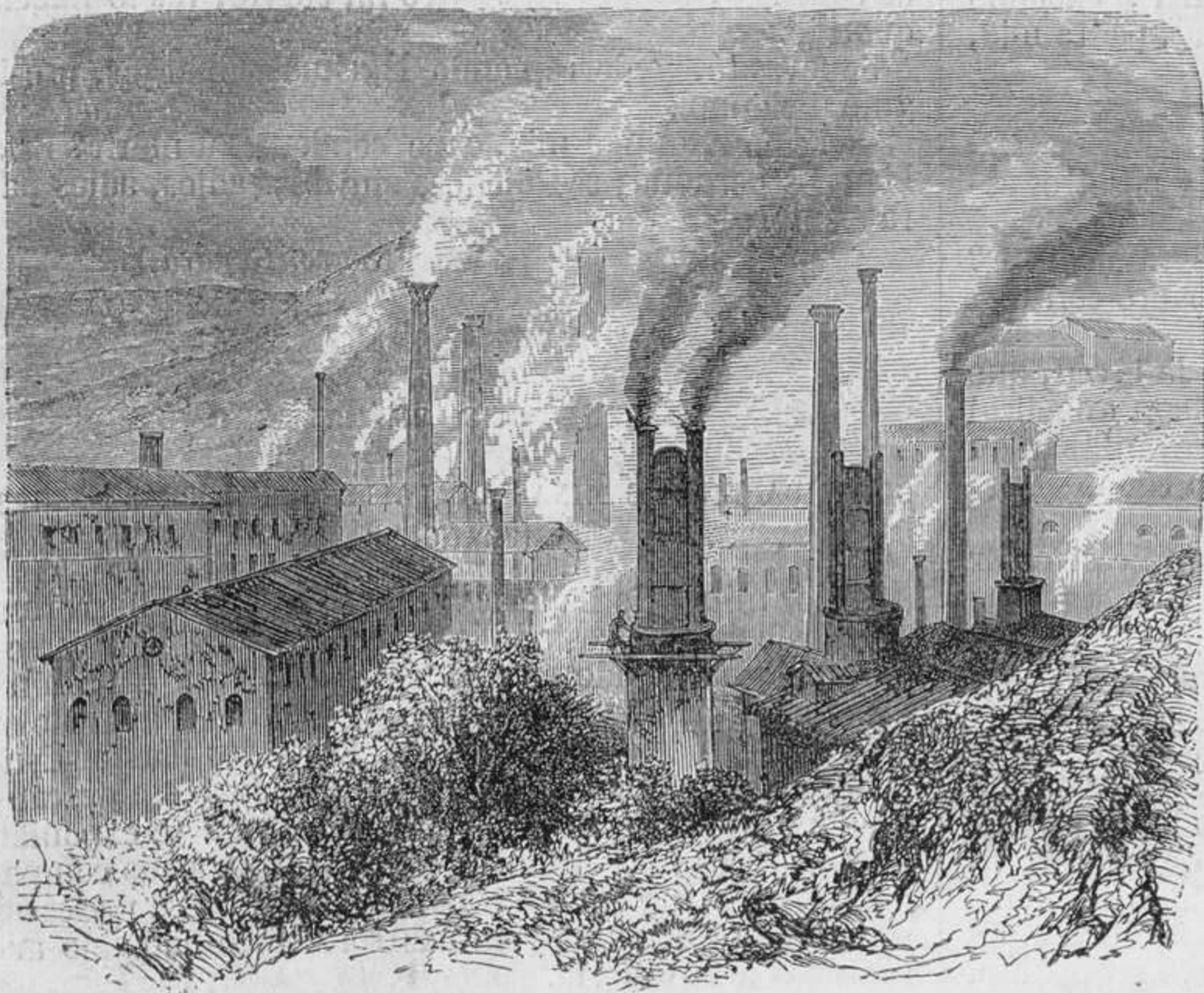
Un grupo de cuatro hombres, los llamados Garidel, Berger, Mouton y Theron, que ocupaban un puesto á poca distancia de una *remontée* al abrigo de la inundacion, corrieron en aquella direccion. Garidel tropezó y fué arrastrado por las aguas, y los otros tres consiguieron llegar á aquella especie de corredor casi perpendicular, donde no podian sostenerse sino difícilmente. A pesar de la extremada gravedad de su situacion en medio de las tinieblas con un golfo á sus piés y por provisiones la comida de uno de ellos y una botella de vino, estos infelices no perdieron ánimo. Estaban bien seguros de que se harian todos los esfuerzos posibles para salvarlos, y daban voces y pegaban en la tierra para guiar á sus salvadores. Su esperanza se realizó.

Al otro dia de la catástrofe, dos hombres que conocian perfectamente la mina, los llamados Pages y Borne, fueron enviados á una galería situada precisamente encima del punto donde se hallaban los tres desventurados jornaleros. Sus gritos y los golpes que no cesaban de dar fueron oídos, cambiáronse las señas de llamada que se usan entre los mineros, y se organizaron inmediatamente los trabajos de salvamento por el ingeniero de minas Parran y M. Chalmeton, ingeniero de las minas de Besseges.

Tratábase de abrir una zanja de 30 metros de profundidad á través de un terreno compuesto alternativamente de carbon y de roca; un golpe imprudente podia costar la vida no solo á los cautivos, sino á los trabajadores, dando entrada á la inundacion que oian á pocos



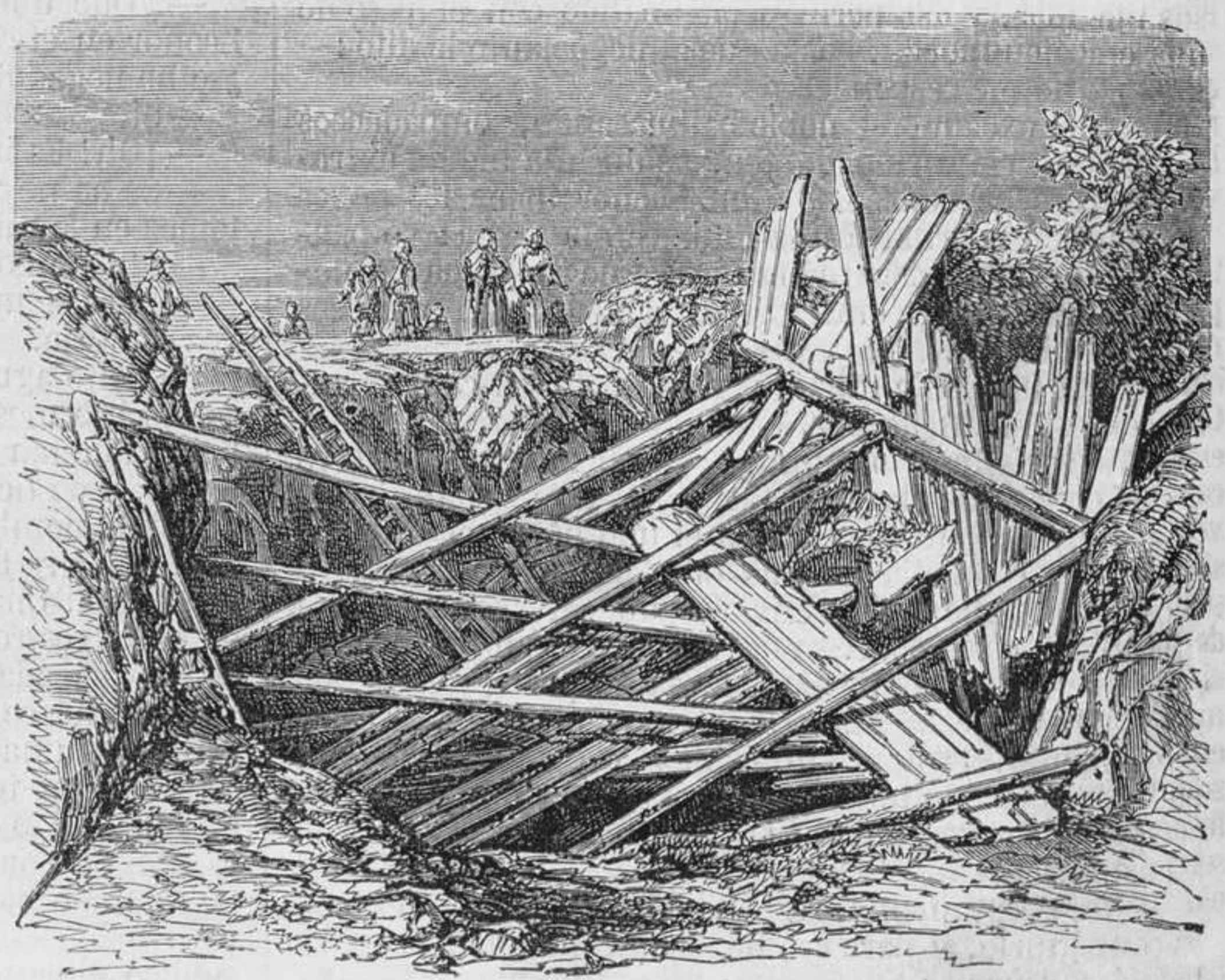
LAS MINAS DE LALLE. VISTA DEL ARROYO DE LALLE Y DE LA GRIETA POR DONDE EL AGUA INVADIO LA MINA.



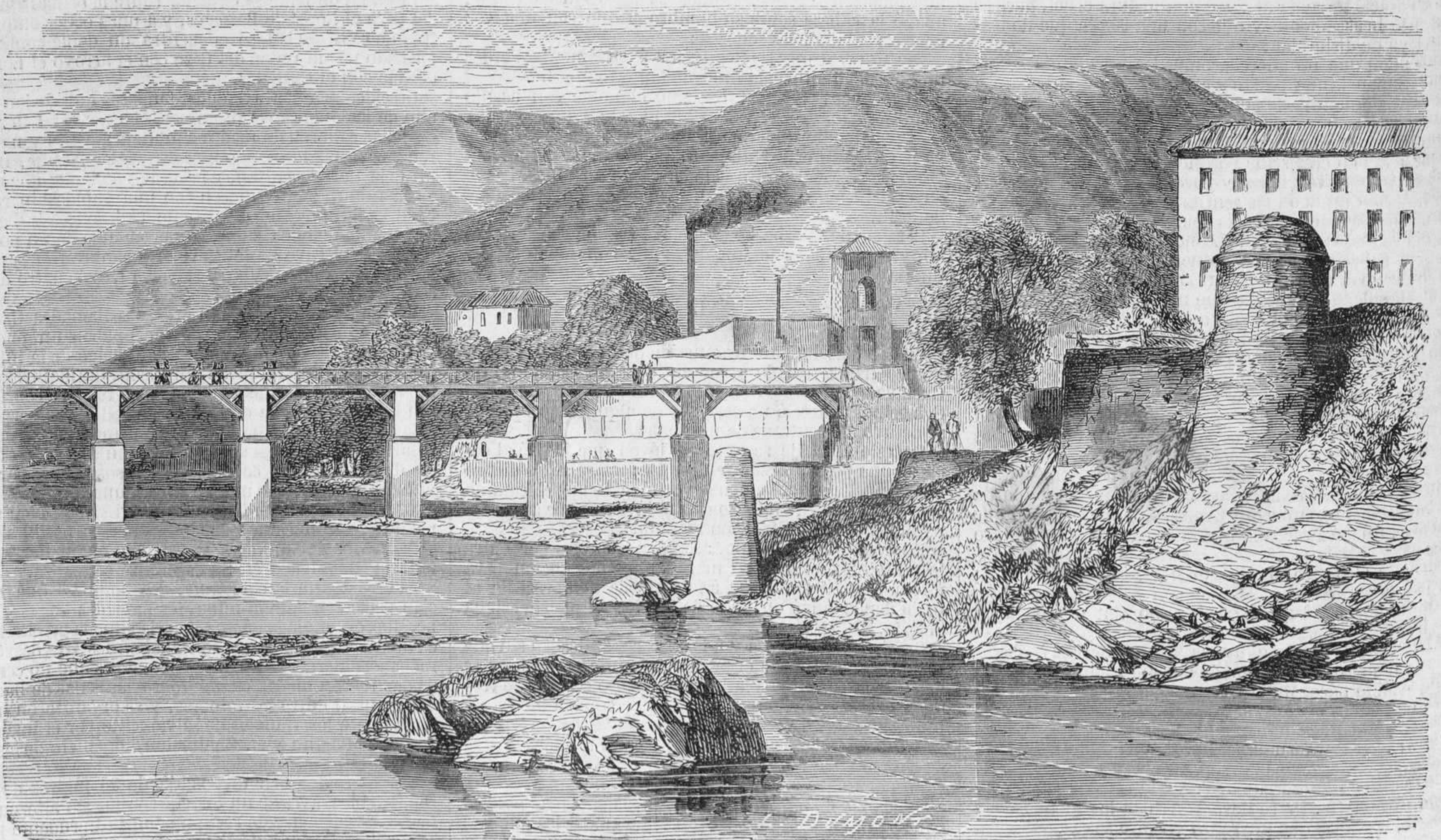
LAS FABRICAS DE BESSEGF.S.

pasos detrás de un muro de hulla, dispuesta á causar nuevas víctimas.

A fin de asegurar en lo posible tan delicadas y difíciles obras, MM. Parran y Chalmeton trabajaron valerosamente; con el pico en la mano y tendidos boca abajo daban á todos el ejemplo del valor en los momentos mas peligrosos. Tan generosos esfuerzos habrian merecido un triunfo mas completo. El 15 por la noche el doctor Vidal, que



OBRAS DE SOSTENIMIENTO EJECUTADAS EN LA GRIETA.



EL RIO DE CEZE EN SU CONFLUENCIA CON EL ARROYO EL LONG.

ha tenido también su parte de honrosas fatigas y de abnegación en esta serie de pruebas, anunció á las personas reunidas á la entrada de la galería que acababan de llegar á los cautivos, y que se hallaban vivos; desgraciadamente, de los tres hombres que creían salvar solo sacaron dos; Mouton, jóven de veinte y dos años, ya casado, y Theron, soltero de diez y seis á diez y siete años.

El día antes Berger, anciano de sesenta años, habia sucumbido á la fatiga; sus compañeros le habian visto deslizarse y desaparecer en el agua sin que les fuese posible darle socorro alguno.

Recibidos al borde de la galería por el señor baron Du-limbert, prefecto del Gard, los dos jornaleros que vivian fueron trasladados en unas angarillas hasta una buena lumbrera y de aquí al hospital, donde recibieron todos los cuidados que su estado reclamaba. El jóven Theron brincó hasta sus salvadores cuando vió brillar la luz de sus farolillos. Por una extraña ilusión, él y su compañero se imaginaban que la catástrofe habia ocurrido la vispera, y que no habian estado encerrados mas de veinte y cuatro horas.

El 25 de octubre salvaban á tres jornaleros mas que habian permanecido encerrados durante catorce días. Sus padecimientos fueron inauditos. Cuando huyendo de las aguas encontraron un refugio, se recostaron en seguida, y tres veces tuvieron que cambiar de sitio, pues el agua continuó subiendo durante un espacio de tiempo que ellos valúan en cinco horas, cálculo probablemente exagerado. Se hallaban entonces sometidos á una presión de mas de cuatro atmósferas y media, de modo que sentian fuertes zumbidos de oído que les impedían oírse.

Pronto se hizo sentir el hambre, y recordando Privat el ejemplo de un raton en que habia reparado en la Gran Combe, concibió la idea de comer madera de pino casi enteramente podrida, que tenia á su lado. Despreñaban algunos pedazos, y para poder tragarlos bebían agua cogida con la caja del reloj de Privat. Mas adelante llegaron á comer las cañas de sus botas y un fragmento de cinturón de cuero, y para beber cogían el agua con una bota que hicieron bajar por medio de una cuerda cuando descendió el nivel de las aguas. Como se habian mojado completamente, padecían mucho del frío, y para calentarse se estrechaban unos contra otros. Mario, el mas jóven de los tres, trató dos veces de sumergirse para buscar una salida por la galería al través de los bancos, y se guiaba siguiendo con la mano uno de los rails del ferro-carril, cubierto por el agua y en parte destruido.

Habiéndole faltado este rail retrocedió y volvió á su albergue enteramente desnudo y temblando de frío, porque en sus tentativas habia perdido las prendas de ropa. Sus compañeros le cubrieron con carbon menudo, teniendo cuidado de cambiarle de sitio de vez en cuando, y se tendieron alternativamente sobre él para calentarse.

Durante largos días, cuya cuenta fijan con bastante exactitud, los tres presos no distinguieron otro ruido que el del agua, pero oyeron al fin trabajar cerca de ellos, y Privat, que habia conservado una voz muy robusta, llegó á hacerse oír de los trabajadores Brun y Maury. Poco tiempo despues estaban salvados.

Habiéndoles preguntado qué es lo que habian experimentado durante aquel largo suplicio de catorce días, Privat respondió: « Nos entregamos á la voluntad de Dios, á quien dirigiamos frecuentes oraciones, diciéndonos que si queria salvarnos daría á nuestros compañeros el medio de libertarnos, pues de lo contrario habiamos hecho el sacrificio de nuestra vida. »

Nuevo y admirable ejemplo de los sentimientos de fe, energía y resignación que animan en general á los hombres acostumbrados á arrostrar todos los días la



M. BENEDETTI, MINISTRO DE FRANCIA EN TURIN.

la población, que no ha cesado de manifestar la calma mas admirable en su doloroso recogimiento. »

Las compañías de Lalle y de Besseges y Robiac prosiguen sus investigaciones, y cada día sacan algun cadáver. La población de Besseges, tan cruelmente herida en un crecido número de los suyos, ha sabido apreciar dignamente los perseverantes esfuerzos de esas dos compañías, y por esta razon la noticia de que el emperador acababa de condecorar á MM. Chalmeton y Parran fué recibida con un sentimiento de satisfacción unánimemente manifestado. P. P.

**M. Benedetti,**

MINISTRO DE FRANCIA EN TURIN.

M. V. Benedetti, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Francia cerca del rey de Italia, comenzó su carrera en el cuerpo consular. Cónsul en el Cairo y luego en Palermo (3 de mayo de 1848), ocupaba en Constantinopla el puesto de primer secretario de embajada, cuando un decreto de 5 de mayo de 1855 le llamó á reemplazar á M. Bourée, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Teheran.

M. Benedetti no aceptó esta posición, y despues de haber permanecido algunos meses cesante, fué nombrado director de los asuntos políticos en el ministerio de Negocios extranjeros.

Es casi supérfluo insistir sobre la importancia y las dificultades de esta dirección, que ha hecho la reputación de hombres como M. de Rayneval y M. de Hauterive antes de 1830, y de MM. Desages, A. Lefebvre, y Thouvenel despues de esa época.

M. Benedetti ha sido el redactor de los protocolos del congreso de París.

Su padre político, y ex-cónsul general de Austria en el Cairo, ha muerto centenario hace algunos meses.

M. Benedetti ha sido nombrado caballero de la Legion de Honor el 7 de junio de 1845, oficial el 6 de agosto de 1853, comendador el 2 de abril de 1856, y finalmente gran oficial de esta orden el 28 de junio de 1860.

Una vez efectuado el reconocimiento del reino de Italia por el gobierno francés, M. Benedetti ha sido llamado á representar á la Francia en Italia. D. O.

**Nueva bomba locomobile de vapor.**

A fines de setiembre último se ha experimentado en la plaza de la Mature en el Cairo una nueva bomba locomobile de vapor recién importada de América.

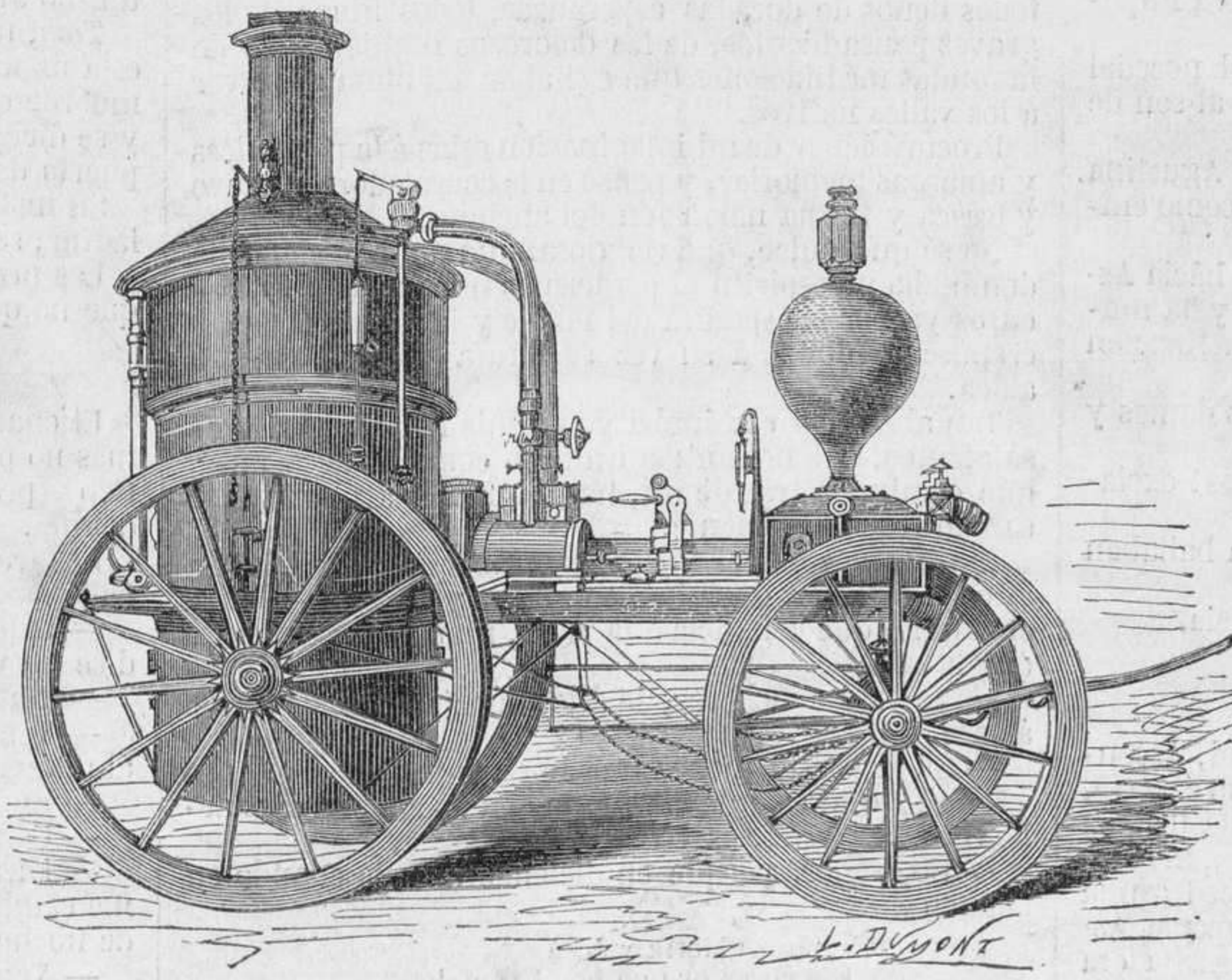
Estas experiencias, que han sido muy interesantes, han demostrado la excelencia del nuevo sistema. A las dos y veinte minutos comenzaron á calentarse, y á las dos y media la máquina funcionaba, dando hasta 2,075 litros por minuto con una sola lanza y una presión de 120 libras.

Como se emplearon los cuatro caños, la locomobile producía un efecto equivalente á la fuerza de cuatro bombas ordinarias reunidas. El agua era aspirada por un solo tubo que entraba en el estanque, y la fuerza de proyección era considerable. Las columnas de agua dirigidas verticalmente sobre la Mature subieron á dos metros mas arriba de la veleta que corona el mástil de bandera; dirigidas sobre la cúpula del teatro llegaron al extremo superior del para-rayos.

Uno de los inventores, M. Leed, dirigió por sí mismo estas pruebas. Al día siguiente de las experiencias, la bomba locomobile de vapor hacia sus pruebas en el incendio de la fábrica de gas de la compañía europea, donde funcionó admirablemente y dió á conocer que está llamada en efecto á hacer grandes servicios.

existencia, y particularmente los que trabajan en las minas!

El 28 se habian sacado ya treinta y cinco cadáveres. « Estos cuerpos, escriben de Besseges con esa fecha, se hallan en un estado de descomposición tan adelantado que están completamente desconocidos, y se ha tomado la precaución de colocarlos en seguida en ataúdes de



NUEVA BOMBA LOCOMOVIBLE DE VAPOR.

betun y cubiertos interior y exteriormente con una capa de arcilla, cuya medida ha bastado para evitar los inconvenientes de la descomposición. El entierro de estos tristes restos se ha verificado en presencia de

locomobile de vapor hacia sus pruebas en el incendio de la fábrica de gas de la compañía europea, donde funcionó admirablemente y dió á conocer que está llamada en efecto á hacer grandes servicios.

## Creo en Dios.

CUENTO DE COLOR DE ROSA

POR DON ANTONIO DE TRUEBA.

(Conclusion.)

El muchacho miró á su madre con tal ternura y tal alegría, que Agustina comprendió que le habia hecho con aquellas palabras un gran bien.

— Yo te haré mañana otro bien mayor, dijo para sí Agustina.

Acabaron de comer y Diego volvió á la pieza donde habia pasado la mañana trabajando. Habia venido caviloso y triste, y volvía tan alegre que Ascensita le oyó cantar conforme atravesaba la llosa, la canta de

El clavel que tú me diste  
El día de la Ascension.

A la caída de la tarde, cuando todo se alegraba en la aldea con el repique de las campanas que anunciaba la gran fiesta del día siguiente, Ascensita bajó muy triste á la huerta.

Agustina la vió, y bajando á la suya se puso á conversar con la niña á través de la estacada.

— Hija, esta noche tenemos que colgarte.

La niña se sonrió melancólicamente y al mismo tiempo se le saltaron las lágrimas.

Agustina notó esto último y se apresuró á decir:

— Vamos, vamos, déjate de lágrimas, que pareces á Jeremías. Mañana te vas á quitar el luto, que ya le has llevado el tiempo suficiente, te vas á ir á almorzar y á comer con nosotros, y por la tarde vas á bailar con mi Diego en el nocedal.

— ¡Ay aña, bailar yo!

— Sí, yo os voy á hacer bailar á tí y á Diego como dos perinolas.

— Difícil es.

— Yo os tocaré una música que os alegre. Con que lo dicho dicho, que mañana queremos tenerte todo el día de convidada.

— Gracias, aña.

— Guarda las gracias para quien tú sabes y no faltes mañana, que te esperamos.

— No faltaré, contestó Ascensita sin poder ocultar su gozo.

Al día siguiente Agustina, Ascensita y Diego estaban acabando de comer en la solana de Agustina.

Hasta la misma Ascensita estaba alegre.

Diego tomó un vaso de chacolí y dijo disponiéndose á desocuparle:

— ¡Porque Dios nos reuna muchos días como este!

— Para que así sea, repuso Agustina, es menester que nosotros hagamos por reunirnos, que Dios dice, ayúdame y te ayudaré.

Ascensita y Diego no comprendieron lo que Agustina quería decir.

— ¿No me comprendéis? les preguntó Agustina.

— No, señora.

— Pues digo que quisiera oír el domingo vuestra primera amonestacion.

Ascensita y Diego no pudieron reprimir una especie de gríto de alegría, y baibucientes de rubor y de gozo, quisieron pronunciar algunas palabras de agradecimiento; pero Agustina les interrumpió con el « Demos gracias á Dios por el sustento que nos ha dado, » con que tenia por costumbre principiar la oracion de sobremesa.

Ascensita rezó llorando.

Rezar llorando y no creer en Dios es una cosa imposible.

Cuando concluyeron de rezar se oyó en el nocedal inmediato la suave voz de Isabel que cantaba al son de la pandereta.

— ¡Ea, hijos míos, á bailar un corro! dijo Agustina á los muchachos, á quienes el gozo tenia aun como embobados.

Diego sonriendo amorosamente, dió un paso hácia Ascensita é hizo ademán de quitarse la boina, y la muchacha le contestó con una sonrisa y una inclinacion de cabeza.

Sabido es que esta es la pantomima de las damas y galanes para convenir en bailar juntos.

— ¡No dije yo que bailaríais como perinolas! exclamó Agustina.

Treinta minutos despues, Diego y Ascensita bailaban que se las pelaban en el nocedal.

Y treinta días despues se casaban en la iglesia.

## VIII.

Si las riquezas dieran por sí solas la felicidad, Ascensita hubiera sido muy feliz dos años despues de casarse, porque la casa de comercio donde su padre tenia todo su capital se habia rehabilitado completamente, pagando todos los créditos que pesaban sobre ella, merced á una gran herencia que vino en auxilio de su jefe apenas Ascensita se casó con Diego de Salcedo; pero Ascensita era muy desgraciada á pesar de que era rica, y Diego y ella se querian cada vez mas.

Ascensita tenia una hermosa niña de poco mas de un año que era la alegría de su casa; pero la niña estaba gravemente enferma, y la pobre madre no se apartaba de su lado hacia muchos días y muchas noches, cuidando de ella con inmensa solicitud é inmenso dolor.

Todavía la penzoñosa planta de la duda conservaba algunas raices en el corazon de Ascensita, á pesar de que parece imposible que en el corazon donde cabe el santo amor de madre quepa el negro ateísmo.

Diego y Ascensita y Agustina esperaban con angustia la llegada de uno de los mas afamados médicos de Bilbao, que habian mandado á llamar para que viese á la niña.

El médico tardaba y Ascensita se consumia de impaciencia é incertidumbre.

El médico llegó al fin y examinó atentamente á la criatura, guardando un triste silencio, que causaba la mas grande inquietud á la pobre madre.

— ¿Se salvará la hija de mi corazon? le preguntó llorando Ascensita. Por Dios, hábleme Vd. con franqueza, que la incertidumbre es para mí mas cruel que la muerte de mi hija.

— Señora, contestó el médico, solo Dios puede salvar á esta niña.

Ascensita cayó casi sin sentido junto á la cuna donde agonizaba su hija.

Cuando volvió en sí solo Diego estaba á su lado.

La desconsolada madre aplicó el oído á los labios de la niña, y notando que la niña respiraba aun:

— Diego, exclamó, ¡cuida de la hija de mi alma!

Y bajando precipitadamente la escalera, llegó á este pórtico, y cayendo de rodillas ante la Virgen de la Consolacion, exclamó desolada:

— ¡Virgen Santísima! ¡ten misericordia de mí! ¡Salva á la hija de mis entrañas! ¡Y si ha volado al cielo desde que me separé de su lado para postrarme á tus piés, pídele á tu Santo Hijo que la devuelva á la vida como á la doncella de Galilea!

Una mujer que oraba en un rincon del templo se levantó, llorando á la par de gozo y de dolor, y corrió á estrechar en sus brazos á la desconsolada madre prodigiándole el nombre de hija.

Aquella mujer era Agustina que habia bajado al templo tambien para implorar de la Virgen la salvacion de la niña.

— ¡Madre! exclamó Ascensita, ¡creo en Dios! ¡creo en Dios y espero en su misericordia!...

— Hija, ni tú, ni yo, ni nadie espera inútilmente en ella, contestó Agustina deshaciéndose en lágrimas.

Y ambas volvieron á arrodillarse y á orar.

— ¿Y se salvó la niña? pregunté al anciano que me contaba esta historia.

— Ahí la tiene Vd., me contestó señalando hácia la puerta de la casa grande, donde apareció una señora jóven aun y hermosa, trayendo de la mano una niña de ocho años, rubia como el maiz y hermosa como los serafines.

— ¿Y es su madre esa señora?

— Sí, esa es Ascensita, esa es la señora mayordoma perpétua de la Virgen, esa es la mujer mas creyente de la aldea, esa es la madre de los pobres del valle, esa es la mujer mas feliz de la tierra.

La señora y la niña nos saludaron, y penetrando en la ermita se arrodillaron ambas ante el altar de la Virgen.

## IX.

El sol iba ocultándose tras de los picos lejanos, y yo tomé el camino de mi aldea.

La imagen de todos aquellos amigos de mi infancia que dormian ya el sueño eterno á la sombra de los árboles que rodean el templo donde por primera vez levanté la voz y el corazon á Dios, volvió á aparecer ante mis ojos; que mas de una vez como entonces, al tocar el sol en el ocaso tomé con ellos aquel mismo camino volviendo de la fiesta de la Consolacion todos alegres, todos llenos de doradas esperanzas, todos libres de los graves pensamientos, de las dolorosas inquietudes y de las ondas meditativas que agitaban mi alma al volver á los valles nativos.

Procuré echar de mi imaginacion estas á la par dulces y amargas memorias, y pensé en la consoladora y suave y fresca y tierna narracion del anciano.

No sé qué dulce, qué religiosa, qué santa melancolía dominaba mi espíritu al perderme en los rebolares, oscuros ya por la espesura del follaje y la proximidad del crepúsculo, donde á su vez se perdía el camino de mi aldea.

Tan abstraído caminaba yo en mis indefinibles pensamientos, que no sentí á un niño como de doce años, que caminaba tras de mí, hasta que me alcanzó y me saludó respetuosamente.

El niño llevaba el mismo camino que yo hasta un alto de donde se descubria mi aldea y de donde partía el camino que conducía á la suya, mucho mas distante que la mia.

— Te va á anochecer, le dije, mucho antes de llegar á casa.

— Sí, señor, lo menos una hora antes, me contestó.

— ¿Y no te da miedo caminar de noche por esas arboledas tan sombrías y solitarias?

— No, señor, porque en diciendo uno de cuando en cuando

¡Jesus María y José  
Las cosas que un hombre ve!

no salen espantos ni nadie se mete con uno.

— ¿Es decir, que tú con decir eso te crees tan seguro y vas tan tranquilo como si te acompañara una pareja de miqueletes?

— Y mas aun, que con Dios nadie puede y con los hombres sí.

— ¡Señor, exclamé desde el fondo de mi corazon,

conserva siempre la fe en el alma de este niño, porque la fe es la felicidad en la tierra y en el cielo!

El niño y yo continuamos nuestro camino conversando animadamente.

Nos acercábamos ya á la cumbre, y al dirigir la vista al ocaso, le ví velado por una nube negra que iluminó débilmente un relámpago, al que siguió un sordo, lejano y prolongado ruido que me pareció el del trueno.

— Creo que esta noche vamos á tener tempestad, dije al niño con la viva inquietud que siempre he sentido al aproximarse y al estallar las tempestades, que ejercen en mi organismo una terrible influencia.

— De seguro me coge antes de llegar á casa.

— ¿Y no te asustan las tempestades?

— No, señor: todo es ponerse uno como una sopa.

— O que le parta á uno un rayo.

— Lo que es de eso no tengo yo miedo.

— ¿Porqué?

— Porque en diciendo:

Santa Bárbara bendita  
En el cielo estás escrita  
Con papel y agua bendita,

no hay miedo de que le alcance á uno ningun rayo ni centella.

Nuevamente envié la fe del niño y pedí mentalmente á Dios que conservase la que ha sobrevivido á tantos años y tantos infortunios en mi alma.

El niño tomó cantando alegremente el camino de su aldea y yo descubrí el campanario de la mia.

En aquel instante tocaron á la oracion las campanas de la iglesia donde duermen el sueño eterno todos aquellos que en vano buscaban mis errantes ojos al tornar al valle nativo.

Y entonces me arrodillé y recé, y pensé en Dios y en los muertos, y al dirigir la vista al valle que se extendía á mis piés tranquilo y hermoso, y al mar que se extendía á lo lejos infinito y terrible, ambos iluminados por los últimos fulgores del crepúsculo, ví vagando en el valle á mis amigos muertos, y en el mar á Dios, unos para consuelo del hombre, y otro para consuelo del cristiano.

¡Señor! ¡desventurado es el autor de los *Cuentos de color de rosa*; pero sufrirá resignado su desventura mientras el título de este cuento sea el eco de su corazon!

## La vendimia.

A MIS AMIGOS DON P. A. DE ALARCON Y DON C. NAVARRO.

Mérida 16 de octubre de 1861.

## I.

En llegando la vendimia,  
De negras uvas rebosan  
Los lagares, que las cepas  
En pardos sarmientos brotan.  
Treinta y mas hombres las pisan,  
Y el mosto que sus piés moja  
Para cuando vino sea  
Les jura vengar su honra.

Vuelvo, y al medio día  
La comida abundante  
No me pone arrogante;  
Que no pienso que es mia,  
Porque, mirando al cielo,  
Al dueño adoro con humilde celo.

(LOPE DE VEGA.)

Son las cuatro de la mañana y acabo de colgarme mi último arreo de caza.

Tom, mi perro perdiguero que ha estado atento á esta maniobra, salta alegremente en torno mio, lame y muerde con placer las correas de mis botines de becerro y se dirige á grandes saltos, pero en silencio, hácia la puerta de la calle.

Su instinto generoso le avisa sin duda que no debe ladrar, so pena de incurrir en mi enojo.

Las prendas de mi casa están dormidas, y Tom sabe que no quiero despertarias.

## II.

El enamorado gallo, el sultan de los corrales, canta á mas no poder. Su agudo *quiquiriquí* es tanto mas repetido y prolongado, cuanto mas inmediata es la aparicion del día.

Los trabajadores salen de sus casas y entornan cuidadosamente sus puertas.

— Dale á ese perro que se va á comer mi merienda, dice un vendimiador.

— Toma, aquí, Capitan, exclama otro.

— Toma allá, Lucero, añade el que lleva las bestias al abrevadero, antes de conducirlas á la besana.

— Engancha ese tiro, dice el carretero al gañan.

— Calza esa rueda... se oye en la puerta de otra casa.

— Mira... murmura una mujer armada de un enorme candil, apareciendo en su portal donde todavía es de noche.

— Vamos á ver... se escucha mas allá á la puerta de la posada, de donde van saliendo los caminantes.

— ¡Voto!...

— ¿Vienes?...

— Allá voy.

— Arrea.

— Arre.

— ¡Toma!...

— ¡Eeee!

— Sóóóó... gritan todos ellos cada vez mas alto, á medida que es mas de dia, hasta que al fin se forma la confusion incesante de ruidos y voces que ya no cesa hasta despues de anochecido.

## III.

La del alba sería cuando solo y pensativo, porque me habia dejado en casa mi mas querido tesoro — mi mujer y mi hija — cruzaba por una de las lomas mas escuetas del monte de Berciana, distante media hora de este pueblo.

Por un impulso muy natural en mí y que no he menester explicaros, ibanseme los ojos hácia un sinnúmero de mozos y zagalas que por distintos caminos y en diferentes grupos se dirigian á un valle caprichosamente interrumpido por pequeñas colinas cubiertas de pomposas viñas.

Era, como os he dicho, el amanecer.

El sol venia y los campesinos iban; por consiguiente, al llegar estos á la primera viña se encontraron cara á cara con el sol, que apareció por detrás de la inmediata cumbre.

Cantaron ellos de alegría: dilatose el sol de placer: sus rayos brillaron en mil reflejos sobre las ondas del vecino arroyo, y los pájaros que aun dormian bajo los juncos y los romeros de las lindes, saltaron súbitamente y llenaron el aire de armonías.

El campo todo respiró contento.

Los trabajadores se unieron de dos en dos, y al son de los cánticos mas tiernos y significativos, empezó la vendimia.

Quando paso por tu calle  
Compro pan y voy comiendo,  
Porque no diga tu madre  
Que de verte me mantengo.

Cantaban ellos; y ellas respondian:

¿Me dices que si te quiero?  
Mi inclinacion te lo diga;  
Siempre que veo á tu madre  
Me parece ver la mia.

Y volvian ellas á cantar:

Como el sol de la vendimia  
No hay otro sol en el año.  
Como el amor que te tengo,  
Ya puedes ir á buscarlo.

Y contestaban ellos:

Las uvas quiero maduras  
Y las mujeres agraces:  
Que á nadie miren tus ojos  
Si conmigo has de casarte.

El aire que arrancaba sus últimos perfumes a la retama y al tomillo silvestre: las calandrias que se remontaban cantando al cielo en busca del calor del sol: el conejo que corria hácia su vivero: la liebre que corria á ocultarse en lo mas espeso del monte: las tórtolas que gemian de amor en las ramas de los robles: el alarido quejumbroso de los pastores que llevaban á pastar el ganado: el silbido melódico y penetrante del mirlo que volaba de olivo en olivo en busca de la aceituna mas negra: la bulliciosa alegría de los vendimiadores: los sarmentos de las viñas que crujian bajo la mano que les hurtaba el fruto: la atmósfera pura, serena, trasparente: la hora, la estacion, el sitio: mi propension á contemplar con encanto y hasta con recogimiento todas estas cosas tan conocidas, pero tan nuevas siempre, me hicieron abandonar mis proyectos de caza y sentarme sobre un tronco de encina, dando gracias á Dios que habia creado aquella seductora maravilla, y que me habia dado á mí, pobre inválido del mundo, un corazon tan á propósito para complacerme en sus obras.

Entonces me acordé de vosotros, inocentes locos enjaulados en ese gran manicomio de España llamado Madrid.

Me acordé, os digo, y me dolí de vuestras querellas, de vuestros afanes y de vuestros insomnios. Os ví angustiados dia y noche y sin descanso: os ví esforzados por subir á lo alto la tremenda piedra de vuestra ambicion; piedra que, como la de Sísifo, vereis hoy en el llano, mañana en la ladera y despues en la cumbre, pero que rodará súbita y con estrépito al abismo á pesar de vuestros esfuerzos; que tal es la ley de los que no se contentan con vivir de sí y para sí, de los que quieren vivir para los demás y por los demás.

¡Desdichados ellos, que imaginándose elegidos suben y suben la penosa cuesta de la ambicion, sin darse cuenta de la infortunada soledad que reina en su cúspide, y sin echar de ver que de ella han de bajar rodando y gimiendo como el condenado de la mitología!

Pero esto es meterme en la viña del Señor: volvamos á las viñas de Mérida.

## IV.

Sin sentir envidia y sin inspirarla, ignorante é ignorado, quisiera pasar aquí el resto de mi vida.

Madrid me ha secado. Madrid no tiene campo, ni aire, ni sol. Madrid es la obra del orgullo humano, y la camión que ahora se extiende á mis pies es la obra de Dios; de Dios, que se ostenta aquí en todo su poder, en toda su magnificencia, en la plenitud de su suprema majestad.

El vieldo, la azada y el arado son aqu las sagradas armas con que el hombre levanta del polvo de la nada su existencia; la de su familia.

Un terron de tierra mas, una piedra mas, una gota de agua mas, un esfuerzo mas, y el que ayer no podia

dejar tras sí ni casa, ni tierra, ni viña, dejará por toda una eternidad la memoria de su nombre. Sus hijos y sus nietos y los nietos de sus hijos recogerán el fruto de tan santo trabajo; y cuando se sienten á la sombra de aquella oliva secular, que siempre verde y siempre nueva atraviesa los años y los siglos, bendecirán el nombre del que la plantó, glorificando así el instinto mas piadoso y mas elevado del hombre, el amor á lo eterno, á lo infinito.

Ved pues por cuán honrosos y naturales senderos camina el hombre del campo á la inmortalidad de su casa, de su familia y de su nombre.

¿Cómo se camina en Madrid? Vosotros lo sabeis. Por eso yo me ufano en repetir con Lope de Vega:

Cuán bienaventurado  
Puede llamarse el hombre  
Que con oscuro nombre  
Vive en su casa, honrado  
Por su familia, atenta  
A lo que mas le agrada y le contenta.

## V.

Una mujer acaba de llegar á la viña mas cercana al monte. Yo la distingo perfectamente. Es alta y delgada: su traje es modesto, casi humilde; pero es mas nuevo y mas reparado que el de las vendimiadoras. Tiene el cabello blanco como la plata, y sin embargo su andar es firme, seguro y animado.

Es la dueña de aquella finca.

No viene á darse á conocer como tal, ni á excitar el celo de sus criados: viene... yo os lo diré:

Ella, que ha recogido en el grano de aceituna el último rayo del sol de otoño, á cuya luz ha de hilar de noche nuestra capa de paño; ella, que oculta ya en su leñera la encina chispeante que ha de calentar el hogar; ella, que gracias á su alquimia casera trastorna las estaciones y perpetúa el verano, dándonos en enero, y en sabrosas conservas, las frutas mas exquisitas del estío; ella, en fin, Providencia de la casa, no ha querido confiar á nadie — y á eso viene — la delicada tarea de escoger los racimos mas sanos y transparentes. Con ellos va á fabricar separadamente el vino mas exquisito: con ellos va á llevar á su casa el calor y la alegría para el invierno: con ellos se animarán aquellas tranquilas y deliciosas veladas de diciembre. ¡Qué de historias tan peregrinas! ¡Qué de cuentos de reyes enamorados de humildes pastoras! ¡Qué de guerreros invencibles peleando con leones y venenosas serpientes! ¡Qué de preguntas tan inocentes como inesperadas van á oirse!

Y es que la virtud congénita de estas gentes pertenece á un mundo mas bello y mas ideal que el nuestro.

Es que de su natural llaneza — que la ignorancia orgullosa de la corte llama *vida prosaica* — brota á raudales la poesia mas tierna y encantadora; poesia, que como vosotros sabeis, dió ternura y entusiasmo á Calderon de la Barca; urbanidad y consejo á Lope de Vega; gracia y frescura á Tirso de Molina, y gentileza y valor á Rojas y Moreto.

Es que mientras en Madrid envidia el poeta al tribuno, el tribuno al prócer, el prócer al banquero, el banquero al ministro y el ministro al rey; mientras que con la desvergüenza mas refinada se pide ahí la riqueza, el poder, la sabiduría y hasta la fama, aquí se aplauden las proezas del enamorado galan de Rosaura del Guante; se admira la evangélica piedad de la Verónica, ó se cuenta como un milagro que la hija del sacristan cantase en la velada de Nochebuena veinte y seis villancicos con estribillo sin beber agua ni vino y sin descansar. — ¡Benditas gentes!

## VI.

Con esta nueva digresion hemos conseguido que el sol avance en su carrera.

Ya es medio dia.

Los vendimiadores han sacado su frugal merienda y la devoran con hambre.

Tom olfatea mi morral y me avisa que es llegada la hora de comer.

Comamos pues; que

Nunca se vió caballero  
De damas tan bien servido...

## VII.

Las cargas de uva salian como por encanto de entre las pomposas vides: los mozos volvieron á sus cánticos y las mujeres levantaban los ojos al cielo porque baruntaban en las ráfagas de aire que suspiraban entre los sarmentos, la proximidad de la tarde.

Brilló el sol en Occidente, y la tarde llegó pálida, melancólica y solemne.

Las nieblas del valle, mensajeras del frio y de la noche, tendieron sus misteriosas alas sobre la tierra, y la vendimia terminó.

Las espirales de humo que arrojaban las chimeneas; los ladridos de los perros y el toque de la oracion, anunciaron la vuelta de los vendimiadores.

Quedó el campo solo y sumido en una tristeza mortal. El vendimiador acababa de arrebatarle su último fruto y le volvía la espalda... Pero ¿qué importa?

El viento del Sur ha movido las nubes: el labrador ha cogido la sembradera, y mañana al despuntar la aurora arrojará su mano sobre el profundo surco la semilla con que ha de engalanarse la próxima primavera.

Vuestro,

J. JOAQUIN VILLANUEVA.

## Revista de la moda.

SUMARIO. — Las últimas carreras de la Marche. — Una carrera entre elevados personajes. — El público femenino de la Marche. — Lujo del duque de Magenta en la coronacion del rey de Prusia. — Fiestas en Compiègne en honor de los príncipes portugueses. — Modas del invierno. — Los sobretodos. — Las telas en favor para sobretodos, chalecos y pantalones. — Las comidas diplomáticas, científicas y literarias de madama de Solms. — Lo que será su salon este invierno. — Descripción del figurin de este número que representa tres trajes elegantes.

Las últimas carreras de caballos han tenido lugar en la Marche con un verdadero tiempo de invierno. El cielo estaba gris y brumoso, por lo cual la fiesta ha estado poco animada. La mayor parte de los gentleman parisienses amontonados en berlinas de posta iban envueltos en mantas escocesas, lo que les daba un bello realce.

Una carrera especial entre varios personajes excitó una viva curiosidad. Eran los competidores M. de Saint Germain, el duque de Caderousse Grammont, el vizconde Talon y el conde de Cossette. Ganó el vizconde Talon, y los demás, excepto el duque de Caderousse, cayeron del caballo, aunque sin lastimarse gravemente. Los espectadores eran los de siempre. En cuanto al público femenino, habia pocas señoras.

En esta reunion de la Marche se hablaba mucho del lujo de coches y caballos que ha desplegado la embajada francesa en las fiestas de la coronacion del rey de Prusia. La carroza que llevó en Königsberg tenia un tiro de seis caballos á la francesa. El artista que habia dispuesto este carruaje, M. Bourse, se habia inspirado de las mejores tradiciones de la antigua Francia, de tal modo que, salvo algunos perfeccionamientos y embellecimientos, se habria podido creer estar viendo una carroza del tiempo de Luis XIV. Nada mas elegante y aristocrático. El carruaje llevaba pintadas las armas del duque de Magenta, y el postillon y la servidumbre llevaban su librea.

La llegada de los príncipes Don Luis, duque de Oporto, y Don Juan, duque de Beja, hermanos de S. M. el rey de Portugal, ha devuelto á la corte de Compiègne todo el esplendor que habia desplegado para la recepcion del rey de Prusia y del rey de los Países Bajos.

La primera série de convidados contenia setenta y cinco personas, entre las cuales se contaban: el príncipe Napoleon y la princesa Clotilde; el príncipe y la princesa Murat con su hija; la princesa Ana Murat; el señor Mon, embajador de España; el caballero de Nigra, ministro de Italia; M. Rouher, ministro de Obras públicas; M. Fould; el mariscal Regnault Saint-Jean-d'Angely y su señora; M. Lacty; el general de Montauban; el prefecto del Sena; el prefecto de policia.

Las fiestas se suceden y se multiplican. Se caza durante el dia, y por la noche hay baile ó comedia en el teatro.

Pero dejemos ya los placeres aristocráticos para ocuparnos un poco de la moda.

¿Cuáles son las novedades de este invierno?

Hé ahí la pregunta que tienen derecho para dirigirme mis lectores.

Las novedades consisten en el dorsay, la tuina y el paletósaco que se hacen siempre lo mismo.

De estos tres modelos el Dorsay es el que obtiene los favores de la juventud; es probable que los dandys se han cansado de la dulleta y vuelven á las prendas mas ajustadas.

Hay otro vestido que parece propagarse bastante, aunque es aun de una elegancia secundaria y relativa. Es una especie de chaqueta con una sola hilera de botones y ribeteada con un galon diagonal, que lleva bolsillos derechos á los lados, un bolsillo de pecho y mas bolsillos detras.

La levita de holgadas proporciones continúa siendo la prenda en favor para los hombres serios. Los sobretodos ingleses han hecho una formidable invasion en nuestras modas; pero falta saber quienes son los que han aceptado este vestido. Su forma vulgar y lo tosco de su tela los excluyen del mundo aristocrático.

Los tejidos mas á la moda son el chinchilla y el moos-cloth rizado que se forra de seda. Los atigrados y los jaspeados tambien se llevan mucho sobre todo en colores grises. El gris hace furor sobre todo entre los jóvenes.

En cuanto á pantalones hay mas rigor. Así, para pantalon de mañana los elegantes, en lugar de elegir telas de cuadros de colores nuevos, prefieren las rayas oscuras ó los cuadritos menudos oscuros igualmente.

Las bandas estampadas en la costura para paseo han desaparecido enteramente.

Las telas de chalecos son poco variadas. Consisten en terciopelos y felpillas con dibujos que no carecen de gusto y distincion. En chalecos de lana nada de notable. Las sederías se reservan para los chalecos de noche. Esta visto que la moda quiere reemplazar el chaleco de piqué blanco con el de florecillas negro ó de color. En cuanto á su hechura, cierran mucho, que lieven chai ó no.

Hé ahí las modas del momento; antes de completarlas con la descripción del figurin, voy á decir dos palabras sobre los grandes banquetes políticos y científicos que da madama de Solms, y á los cuales asisten M. Ratazzi, ministro del Piemonte; M. Nisard, de la Academia francesa; M. Viennet, de la Academia; M. Babinet, del Instituto; M. Emile de Girardin; el doctor Luis Veron; M. Julio Lecomte y M. Belmontet.

Todos estos personajes se agrupan en torno de la joven y linda persona que la cronica hizo morir en Baden en setiembre último en todo el brillo de su hermosura. Su salon reemplazara este invierno el del conde de Castellane, y en el se representaran comedias ante un público eminente.

Pasaremos ahora á nuestro figurin que presenta un conjunto de trajes nuevos. En primera linea se ve un joven en traje de mañana ó de montar á caballo. Compónese de un pequeño paletósaco muy corto y adornado de bolsillos en relieve.

El chaleco y el pantalon son de la misma tela. El chaleco, muy largo, es redondo por abajo y cierra muy alto. Corbata

de tafetan negro con lista blanca ó de color y guantes amarillos.

Sigue un traje de invierno en toda la acepcion de la palabra.

El sobretodo es de chinchilla color de castaña todo forrado de seda y ribeteado con un ancho galon de lana y seda cosido llano.

El corte es el de un largo paletó-saco con anchas mangas cortadas de tal modo, que la única costura que existe se encuentra por debajo.

El pantalon es de tela rayada mezclilla oscura sin banda en las costuras exteriores. Es muy ancho, ajustado sobre el botito y no lleva trabillas. Corbata de dibujo blanco y negro y guantes grises.

El último personaje lleva un sobretodo con faldones mucho mas largos que los que tiene el anterior. Este sobretodo cae derecho sobre el delantero y se cierra por medio de una cartera con cinco botones. El cuello es bajo y estrecho, y va cubierto de terciopelo. Las solapas son muy anchas. El chaleco de piqué blanco tiene un transparente de terciopelo ó de felpilla azul. Corbata blanca, pantalon derecho y guantes amarillos.

VIZCONDESA  
DE RENNEVILLE.

### El puente de España

EN CAUTERETS.

Las aguas termales de los Pirineos han atraído este año una afluencia de gente considerable, sobre todo las de Cauterets. En la mitad de la temporada y durante muchos días, los recién llegados tuvieron que volverse por no tener donde hospedarse. Los corredores se cambiaban en dormitorios; se disputaban los cuartos de las criadas, y puedo afirmar que no son los placeres que se pueden disfrutar en Cauterets los que detienen allí tantas personas; jamás una hospitalidad interesada ha sido tan mal comprendida como en Cauterets, y existe toda la diferencia de dos razas entre los montañeses escoceses y los de este país.

Pero tomadas con discernimiento, las aguas tienen tantas virtudes, que á pesar de la falta de comodidades y de lo execrables que son los alimentos, los enfermos vuelven de todos modos al año siguiente, seguros de aliviarse de sus dolencias.

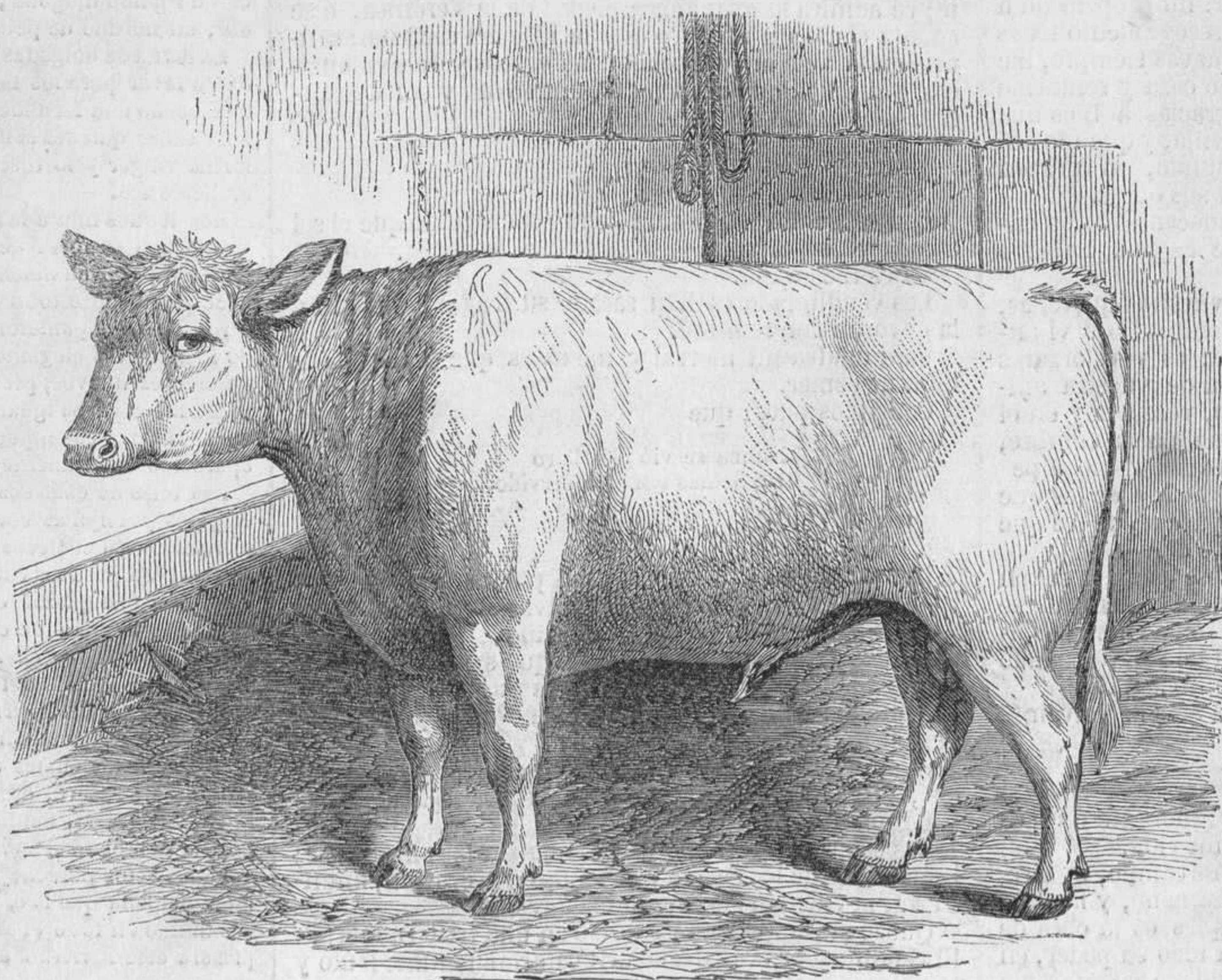
Cauterets posee once fuentes, cada una de ellas con propiedades distintas. La Baillere es la mas frecuentada. El tratamiento dura por lo comun de veinte á treinta días; pero cada día despues que se ha bebido ó se ha tomado el baño es preciso matar el tiempo, y aquí está lo difícil.

No hay ningún lugar de reunion. El gabinete de lectura no posee mas que algunos periódicos que se disputa la gente al precio de dos suscripciones ordinarias, y algunas novelas antiguas.

Buscando yo otra distraccion, entré en una tienda donde vendian objetos de mármol de los Pirineos. Poco trabajo



EL PUENTE DE ESPAÑA EN CAUTERETS.



NOVILLO SIN CUERNOS REGALADO AL REY DE SIAM.

me costó hacer confesar al mercader que todas aquellas copas y vasijas venían de Italia y que eran de alabastro, con la circunstancia de que estaban rotas y mal compuestas en su mayor parte. Le dije que no debía engañar así á los viajeros que creían llevarse un objeto del país, pero hizo que no me entendía.

Entonces me dirigí hacia el parque que es un bonito sitio, pero para llegar á él tuve que pasar á la orilla de un arroyuelo infecto que despiden miasmas peligrosos segun aseguran los facultativos, que tienen que luchar aquí con muchas cosas. Repito que no se observa en Cauterets el menor cuidado acerca del bienestar de las personas que vienen á dar su dinero en cambio de la salud. Y no enumero las cosas indispensables que faltan.

Los que tienen fuerzas apelan al recurso de emprender excursiones y ascensiones por el país mas lleno de cascadas, torrentes, lagos, puentes, senderos, desiertos y oasis que puede verse en el mundo. En doce horas se llega á España á pié, y se bajan las peladas vertientes hasta Panticosa, el Cauterets español.

El puente de España es uno de los sitios mas pintorescos que se encuentran cerca. L. V.

### Novillo sin cuernos

REGALADO AL REY DE SIAM.

M. Dutrone, consejero honorario del tribunal de Amiens, es uno de los hombres que mas esfuerzos ha hecho para propagar en Francia la aclimatación de una raza vacuna sin cuernos.

En mayo de 1861 M. Dutrone recibía del consejo provincial de agricultura de Gante un premio de honor fuera de concurso, y el jurado de la misma ciudad, motivando esta recompensa excepcional, declaraba que había querido asociarse tanto al sentimiento patriótico que había conducido á M. Dutrone á conservar, perfeccionándola, la raza indígena francesa, como al sentimiento humanitario, magistral, que le impulsa á consagrar su existencia á favorecer en todas las naciones la propagación de razas que, con la supresión de sus terribles armas, hacen disminuir los peligros de heridas ó de muerte.

Tales son en efecto los ventajosos resultados obtenidos por M. Dutrone, mediante el desarrollo de la raza Salabot, de cuya propagación continúa ocupándose.

Con este objeto acaba de entregar á los embajadores siameses una muestra de la raza creada por él y destinada á su reproducción en el reino de Siam.

Los siameses deben desear que el joven torillo *Sarlathai* (que es el nombre que le han dado) resista á las fatigas de la travesía, y que llegado al término de su viaje, se aclimate prontamente. C.